

El príncipe que salió del salioó cuento

Mabel Díaz



Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, agosto 2017

© 2017 Mabel Díaz

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Quiero dedicar esta novela a mis amigas de Alcoy (Alicante), a toda la gente que he conocido en los años que he estado viviendo allí y que, con su cariño, me hicieron sentir una alcoyana más.

Capítulo 1

—¿Qué haces? —preguntó Pau a su hermana Aitana sobresaltándola.

Había entrado en su habitación sin llamar y con sigilo. La pregunta de Pau era retórica pues al ver que Aitana se hallaba concentrada en su novela romántica, estaba de más decir aquello.

—¿A ti qué te parece? —le soltó ella molesta, levantando la mirada desde el libro que tenía en las manos para centrarla en su hermano. No le gustaba nada que la interrumpieran cuando estaba leyendo.

Pau caminó hasta la cama donde Aitana permanecía recostada contra el cabecero y se sentó a los pies de la misma. Echó un ojo a la portada de la novela y leyó el título. Lanzó un suspiro desdeñoso y puso los ojos en blanco.

—Deberías leer otras cosas, ratón de biblioteca —dijo Pau mofándose de su hermana pequeña—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que los príncipes azules no existen?

Aitana le miró indignada. Estaba harta de que su hermano siempre se burlase de ella por leer aquellas historias que le hacían soñar y evadirse de la realidad.

—Sí existen —respondió fulminándole con la mirada.

—Claro, pero solo en los cuentos de hadas. Y de ahí no va a salir ninguno, ¿sabes? —Pau soltó una sonora carcajada. Aitana se enfureció todavía más.

—¿A qué has venido, Pau? Porque si es a reírte de mí ya te estás largando—. Aitana le señaló la puerta con la mano.

Pau le agarró esa misma mano y se la acarició.

—No te enfades, ratoncito —le dijo con cariño a su hermana sonriéndole—. Quería saber si me prestas el coche esta tarde. El mío aún está en el taller.

—¿Para qué lo necesitas? —preguntó ella retirando la mano que Pau

había cogido. Puso el marca páginas en la novela que estaba leyendo hasta la molesta interrupción de él y cerró el libro. Lo dejó sobre su regazo y miró a su hermano esperando una respuesta.

—Tengo que llevar a Marc al Hotel AC.

El corazón de Aitana latió con más fuerza al oír el nombre del chico del que llevaba años enamorada. Una sonrisa nació en su cara al recordar los ojos castaños del hombre de sus sueños. Sus carnosos labios que tanto ansiaba besar y su cuerpo, alto y fuerte, que anhelaba desesperadamente abrazar. Deseaba más que nada en el mundo tener a ese portento masculino solo para ella.

Pero Marc siempre la había ignorado. Aitana no sabía si era por ser la hermana pequeña de su mejor amigo, y suponía coto vedado de caza para Marc, o porque físicamente no le atraía en absoluto.

Sus pensamientos volaron a la última vez que le vio. Les había acompañado a Pau y a ella al aeropuerto de El Altet, en Alicante, porque Aitana volaba hacia Alemania para cursar allí sus dos últimos años de la carrera de Económicas. Aitana sabía que Marc no les acompañaba para despedirse de ella. Los chicos tenían planeado dejarla en el aeropuerto a bordo del avión que la llevaría al extranjero y después quedarse en la playa a pasar el día ligando todo lo que pudieran.

Ser consciente de aquello no le importó porque así tenía la oportunidad de estar con él durante el tiempo que durase el trayecto desde Alcoy, donde vivían, hasta el aeropuerto. Podía deleitarse observándole desde el asiento trasero del coche de Pau, donde ella viajaba contemplando su perfil y viendo cómo el viento que entraba por la ventanilla bajada le revolvía a Marc su maravilloso pelo castaño.

Aitana aún recordaba el olor de Marc, a gel de baño, a limpio, cuando él se acercó y le dio los dos únicos besos que le había dado en toda su vida. Pero tuvieron que ser en las mejillas, desgraciadamente. En esos momentos a ella le hubiera gustado tener más valor y colgarse del cuello de Marc para

plantarle un beso en su sensual boca. Una boca que se moría por probar.

Sin embargo, se conformó con memorizar su aroma y la suavidad de los labios de Marc cuando los posó sobre su cara. Aquel mínimo y fugaz contacto sobre la piel de Aitana envió una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo excitándola. Ese recuerdo la acompañaría durante los dos años que pasó estudiando fuera del país, lejos de familiares y amigos.

—Ha quedado con Mariola allí —dijo Pau sacándola de su ensoñación.

Aitana frunció el ceño. Aquella chica no le gustaba nada. Siempre se había reído de ella por ser, como todos la llamaban, un ratón de biblioteca con la nariz enterrada continuamente en sus libros.

—¿Y por qué no va en su coche? —preguntó Aitana dejando la novela en la mesilla junto a la cama y deslizándose por el otro lado para ponerse en pie—. O andando. Alcoy no es tan grande. Puede ir perfectamente al hotel dando un paseo. Hace un día estupendo —añadió señalando el sol que se colaba por la ventana a raudales en aquel día de primeros de julio.

Pau se levantó también y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Marc se ha comprado un coche nuevo, un Golf, y hasta el lunes no se lo entregarán los del concesionario. Su viejo coche lo ha tenido que dejar allí mismo el jueves, por lo del plan Prever, así que está sin vehículo —explicó mirando a su hermana—. Además hace un calor de mil demonios para ir andando a los sitios.

—Pues que vaya Mariola a buscarle a su casa. Tiene coche, ¿no? —preguntó arqueando una ceja.

Pau resopló. Aitana a veces era muy cabezota.

—No puede hacerlo —dijo descruzando los brazos y colocándose en jarras a ambos lados del cuerpo—. Si alguien los ve...

—Si alguien los ve, ¿qué? —preguntó Aitana al ver que su hermano no acababa la frase.

Pau se pasó una mano por el pelo despeinándose.

—Pues que le irán con el cuento a Jordi. Y él es muy celoso,

¿comprendes?

Sí. Aitana lo comprendió enseguida. Jordi era el novio de Mariola. Sus arrebatos de celos eran conocidos en casi todo Alcoy pues el chico se ponía bastante agresivo. Lo que no entendía era por qué Mariola, sabiendo el carácter que tenía su novio, había quedado con Marc en un hotel. Miró a su hermano interrogante y este al ver las preguntas reflejadas en su cara terminó de explicarle la situación.

—Están liados.

—¿Qué? —exclamó ella alucinada. ¿Su querido Marc estaba liado con la petarda de Mariola? ¡No podía ser! Aitana conocía la fama de mujeriego de Marc pero nunca pensó que se metería en medio de una pareja. Y menos que se liaría con alguien tan odioso como Mariola.

—Lo que oyes. —Pau se acercó a ella y la cogió por los hombros obligándola a mirarle a los ojos—. Pero prométeme que no se lo dirás a nadie. ¿Entendido? A nadie.

Aitana le miraba todavía boquiabierta. No podía creer que Marc, su objeto del deseo, mantuviera una relación clandestina con esa mujer. ¿Por qué de todas las féminas que había en Alcoy, y que estaban solteras y sin compromiso, había tenido que ir a liarse con Mariola? Vale que la chica era una belleza. Pero era soberbia, prepotente, interesada. Se rumoreaba que estaba con Jordi únicamente por su dinero, pues el chico era hijo de un político de la Generalitat Valenciana.

—Si Jordi se enterase —continuó Pau—, se volvería loco. Ya le he dicho a Marc que tenga muchísimo cuidado cuando se cite con Mariola porque si él los descubre es capaz de matarlos a los dos.

—¿Y por qué no le has dicho que la deje? —preguntó Aitana sintiendo cómo su corazón se contraía como si un puño lo estuviera apretando con fuerza—. ¿No sería lo mejor? Alcoy está lleno de chicas guapas y solteras. Y Marc está muy bueno. Podría tener a cualquier mujer. —«Podría tenerme a mí», pensó—. ¿Por qué está con ella?

Pau dejó caer sus manos que había mantenido sobre los hombros de su hermana y suspiró.

—Yo qué sé. —Se encogió de hombros—. Ya sabes que Marc no perdona una cuando se le ponen a tiro. Al parecer, Mariola se ha puesto ahora en su radio de acción y él no piensa desaprovechar la oportunidad.

Aitana sintió aquello como una traición. Cada vez que se enteraba de que Marc tenía una conquista nueva, se sentía así. Lo cual era una tontería pues él siempre la había ignorado. Pero los sentimientos de Aitana hacia ese hombre eran los que eran y siempre se llevaba una decepción al saber que Marc continuaba acumulando conquistas sin fijarse jamás en ella.

—Está bien —suspiró con la pena inundando su corazón otra vez—. ¿A qué hora lo necesitas?

—Ha quedado con ella a las ocho de la tarde. —Pau sonrió a su hermana contento porque finalmente la había convencido para que le dejara el coche—. Así que yo pasaré a recogerle sobre las siete y media por su casa, le llevo al hotel y después me meteré en el cine del centro comercial para ver una peli. Tengo que esperar hasta que acaben su sesión de sexo para volver a llevar a Marc a su casa —añadió.

—¿Será comodón el tío! —exclamó Aitana molesta—. ¿Cómo es posible que tú vayas a esperar a que terminen? ¿Eres tonto o qué?

—Soy un buen amigo —sonrió Pau ante el arrebato de furia de su hermana—. De hecho soy su mejor amigo. Y los amigos estamos para ayudarnos, ¿no te parece?

Aitana se pasó las manos por el pelo confusa. Nunca entendería esa camaradería entre los hombres. A pesar de saber que Marc estaba haciendo algo incorrecto, Pau le ayudaba a llevar a cabo su aventura.

—¿Por qué no te vienes conmigo —comenzó a preguntar Pau—, y así luego vamos tú y yo al cine? Hace mucho que no vemos una peli juntos. —Le acarició la mejilla con ternura—. Y así no estoy solo. Venga, ratoncito, por los viejos tiempos.

«Sí, hombre.», pensó Aitana enfurruñándose más. «Lo que me faltaba. Además de tener que prestarles mi coche para que lleve a Marc a ver a su amante, quiere que sea testigo de ese asqueroso encuentro.»

—No —contestó ella sacudiendo la cabeza. Se dirigió hacia la cama y cogiendo la novela se sentó de nuevo para continuar leyendo. Esperaba que la bonita historia de amor que narraba aquel libro le hiciera olvidar lo que su hermano acababa de contarle sobre Marc—. Ve tú solo. No quiero involucrarme en vuestros chanchullos. Las llaves del coche están ahí —indicó con un gesto de la barbilla el escritorio detrás de Pau.

Su hermano se volvió y agarró las llaves. Le dio un beso en la frente agradeciéndole el favor y salió de la habitación.

A las ocho de la tarde Aitana y su amiga Violeta estaban sentadas en una terraza de una heladería muy cerca de donde en ese momento tenía su encuentro Marc con Mariola.

Aitana no dejaba de darle vueltas al asunto. Su mente imaginaba una y otra vez las distintas posiciones en las que estarían aquellos dos en la cama y eso la estaba poniendo enferma.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Violeta—. ¿No ha ido bien la primera semana en el trabajo?

Aitana dejó de lado sus pensamientos y se centró en su amiga.

—Sí. Todo ha ido estupendamente bien. —Tomó un poco de su helado de limón con la cucharilla y después se lo llevó a la boca—. La gente allí es muy amable y me están ayudando mucho a adaptarme —añadió sonriendo.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara tan larga? —volvió a preguntar Violeta sentada frente a ella en la silla de la heladería.

—Es el calor. Me derrite igual que al helado —comentó Aitana. Le gustaría muchísimo confesarse con su amiga pero le había prometido a Pau que no le diría a nadie lo de Marc y Mariola.

—Toma —dijo Violeta sacando un abanico de su bolso y tendiéndoselo a ella—. A ver si con esto te alivias un poco.

Aitana lo cogió y comenzó a darse aire para disimular.

—Bueno —continuó su amiga inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. Cuéntame. ¿Algún tío bueno en la oficina? —sonrió con descaro—. ¿Alguien que te haga olvidar a Marc?

—A la oficina voy a trabajar, no a ligar —resopló Aitana poniendo los ojos en blanco.

Violeta sabía que Aitana llevaba años enamorada de Marc y ante la impasividad de aquel con ella siempre insistía en que debía olvidarle y buscar a otro.

—Ya pero aparte de ir a trabajar tienes ojos en la cara —insistió su amiga—, y seguro que ya te habrás fijado en el personal masculino de la empresa. Además en Alicante hay más material que aquí. En Alcoy los tenemos muy vistos a todos —añadió con una mueca de desdén.

—No te gires —le susurró Aitana cogiéndola de una mano y mirando por encima del hombro de Violeta—, pero por ahí viene mi hermano.

A Violeta le faltó tiempo para volverse y explorar con la mirada la calle.

—¿Dónde? —preguntó buscando al objeto de sus sueños más húmedos.

La carcajada de Aitana le dio la respuesta. Se había burlado de ella.

—Muy graciosa —dijo con una mueca girándose de nuevo hacia Aitana.

—¿No has dicho que en Alcoy los tienes muy vistos? —preguntó ella recostada contra la silla riéndose aún.

—Ya sabes que Pau para mí es especial. A él por desgracia no le tengo tan visto como me gustaría —comentó Violeta con una mirada lasciva.

—Lánzate —le aconsejó Aitana—. Sé que le gustas pero no entiendo por qué sales huyendo cada vez que él se acerca a ti. Parecéis el gato y el ratón. Mi hermano está desconcertado contigo. No sabe por dónde cogerte.

—Pau me intimida un poco —reconoció Violeta sonrojándose—. Cuando estoy cerca de él soy incapaz de razonar. Me pongo muy nerviosa y no sé qué decirle.

Aitana dejó de abanicarse y agarró la mano de su amiga por encima de

la mesa.

—Pau no se come a nadie —replicó para tranquilizarla.

—Pues a mí me encantaría que me comiera —suspiró Violeta muerta de deseo.

Aitana estalló en una sonora carcajada a la que se unió su amiga.

—Marc tampoco se come a nadie y tú nunca te has lanzado —le pinchó Violeta cuando dejaron de reírse—. Y estoy segura de que te mueres porque te coma enterita.

Aitana soltó un largo suspiro al recordar de nuevo a su amor platónico. Pero frunció el ceño cuando escuchó una voz conocida detrás de ella.

—Joder. Estaba seguro de que Mariola me engañaba con alguien. Pero no esperaba que fuera con dos hombres a la vez.

Aitana giró un poco la cara para poder escuchar mejor y por el rabillo del ojo comprobó que no se había equivocado. Allí sentado en la mesa de al lado estaba Jordi hablando por teléfono con alguien.

—Sí. En el Hotel AC —añadió el chico y tras una pausa en la que escuchó lo que le dijo su interlocutor, continuó—. El detective privado que he contratado me lo ha confirmado. Hoy se ha reunido con Marc y Pau allí a las ocho. En la habitación 101.

Aitana se tensó al oír los dos nombres. ¿Jordi pensaba que Mariola estaba liada también con su hermano? ¡Madre mía! Estuvo tentada de darse la vuelta e interrumpir la conversación que estaba escuchando a hurtadillas para defender a Pau, pero lo siguiente que oyó la dejó helada.

—Solo estoy esperando que se metan en faena para ir allí y destrozarles a los tres —soltó lleno de odio—. Tengo la escopeta de caza de mi padre en el coche. Nadie se burla de Jordi Grau.

El corazón de Aitana latió desbocado al escuchar aquello. Ese insensato pensaba asesinar a Mariola y a su amante. Gracias a Dios que Pau no estaba con ellos. Pero si por casualidad Jordi se lo encontraba por la calle cuando fuera a recoger a Marc al hotel... Pensaría que había estado en la misma

habitación que los amantes.

¡Dios mío! ¡Su hermano corría peligro! ¡Y Marc! Mariola le daba lo mismo. Aunque reconocía que tampoco quería que el loco de su novio la matase. Pero le preocupaban mucho más Pau y Marc que ella.

Miró a Violeta que también había escuchado la conversación. Se inclinó sobre la mesa y lo más bajo que pudo habló con su amiga.

—Tenemos que hacer algo. Vámonos rápido. Debemos ayudar a mi hermano y a Marc.

Se levantaron enseguida alegrándose de haber pagado ya los helados antes de tomarlos. De lo contrario hubiesen perdido un tiempo muy valioso. Aitana se encaminó con prisas hacia el hotel seguida de Violeta. Le contó a su amiga la confesión que le había hecho esa mañana Pau sobre los dos amantes, sintiendo mucho tener que traicionar la confianza que su hermano había puesto en ella. Pero era por una buena causa. Debía evitar a toda costa que Jordi encontrase en aquella habitación de hotel a Marc con Mariola.

No tenía ni idea de cómo lo iba a conseguir. Pero ya se le ocurriría algo por el camino. Miró el reloj de pulsera que llevaba para comprobar la hora. Las ocho y media. Debía darse prisa. Como había dicho Jordi los amantes estarían en plena faena y él no tardaría en acudir al hotel para... ¡Dios! ¡No! Ni siquiera podía pensar en eso.

—Espera a Pau a la salida del cine y cuando le veas, le cuentas lo que ha pasado —le indicó a Violeta—. No te separes de él hasta que yo me reúna con vosotros allí.

Su amiga asintió.

Llegaron a la puerta del hotel y se despidieron. Violeta cruzó a la acera de enfrente, donde estaba el centro comercial, y subió las escaleras mecánicas hasta que llegó a la entrada del cine. Se sentó en un banco pequeño dispuesta a esperar la salida de Pau.

Capítulo 2

Aitana respiraba agitada y sudorosa por la medio carrera que se había pegado para llegar hasta allí. Se mordió el labio inferior nerviosa. «Vamos, vamos», se dio ánimos a sí misma. «Tú puedes hacerlo, campeona». Había pensado un plan mientras veía cómo Violeta se metía en el centro comercial para advertir a Pau cuando saliese del cine. Esperaba que la vergüenza no pudiera con su amiga y fuese capaz de acercarse a su hermano para hablar con él.

Respiró hondo varias veces y comprobó que estaba en la puerta indicada. Habitación 101. Sí. Allí era. Tocó con los nudillos un par de veces pero lo hizo tan débilmente que estuvo segura de que las personas que estaban dentro no la habían oído.

«Tranquila. Inspira. Expira. Inspira. Expira.», volvió a decirse a sí misma.

De la habitación no salía ningún ruido. Ni risas ni susurros. Ni siquiera un gemido de placer. Nada. Absolutamente nada.

Aitana miró a su alrededor para comprobar que seguía sola frente a la puerta. El pasillo continuaba desierto. «No pierdas más el tiempo, tonta», se regañó. Levantó la mano y volvió a llamar, esta vez más fuerte. Esperó unos segundos y como nadie respondió comenzó a aporrear la puerta al mismo ritmo que marcaban los acelerados latidos de su corazón.

—¡Marc! ¡Marc! ¡Ábreme! —gritó mientras seguía dando golpes en la puerta cerrada—. ¡Por favor! Soy Aitana, la hermana de Pau. ¡Sé que estás ahí! ¡Abre, por favor! ¡Necesito decirte algo muy importante!

La puerta se abrió de sopetón y la mano de Aitana fue a parar sobre el desnudo torso de Marc. Un escalofrío de placer la recorrió entera al tocar la piel del hombre que tanto deseaba. Vio cómo los músculos de los pectorales de Marc se contraían bajo la palma de su mano y se deleitó unos segundos

absorbiendo toda la calidez que emanaba de él.

—¿Qué narices haces aquí? —preguntó él molesto por la interrupción.

Aitana salió de la ensoñación en que se había metido y volvió la cabeza hacia atrás para vigilar de nuevo el pasillo. Nada. Completamente vacío. Se giró hacia Marc y le empujó para entrar en la habitación.

—Jordi... —comenzó a hablar mientras intentaba tranquilizarse un poco. Vio a Mariola sobre la cama, tapándose con la sábana y se dirigió hacia ella—. Tienes que irte. Jordi lo sabe. Va a venir y os va a pillar —soltó de corrido.

—¿Qué? —preguntó Mariola echando a un lado la sábana y levantándose de un salto de la cama sin importarle que Aitana la viera desnuda—. ¿Cómo te has enterado tú? —Comenzó a buscar su ropa interior y a ponérsela mientras Aitana le contaba la conversación que había escuchado en la heladería.

Marc, a su espalda, no perdía detalle de lo que Aitana les estaba informando. ¡Maldita sea! ¿Un detective? ¿Jordi había contratado un detective para que vigilase a su novia? ¡Joder! Estaba metido en un buen lío.

Mariola, ya totalmente vestida, salió como un rayo de la habitación sin despedirse de ninguno de los dos ni darle las gracias a Aitana por haberla salvado del peligro.

Aitana se volvió hacia Marc que había escuchado todo mientras se ponía su ropa. Estaba guapísimo con unos vaqueros gastados y una camiseta de manga corta verde. Su pelo corto despeinado por... «por haberse dado un buen revolcón con otra», pensó Aitana con rabia.

—Gracias —dijo él aliviado—. No sé cómo devolverte el favor. Pero pensaré algo. Te lo prometo.

—No te preocupes. —Aitana estaba embobada mirando los castaños ojos de su amor platónico—. También lo he hecho por mi hermano.

Se quedaron unos instantes mirándose en silencio hasta que ella habló de nuevo.

—Bueno, creo que debería irme ya. —Se encaminó hacia la puerta—. Ya he terminado lo que vine a hacer aquí.

Cuando estaba a punto de agarrar el pomo Marc la detuvo cogiéndola del codo.

—Espera —la giró hacia él—. Dentro de poco será la hora de cenar. Te invito. —Sonrió de esa manera suya tan sensual y Aitana mojó las bragas al instante—. Me has salvado de una muerte segura. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecértelo. —Le guiñó un ojo seductoramente.

Ella iba a responder cuando sonaron unos golpes furiosos en la puerta y la agresiva voz de Jordi acompañándolos.

—Mierda —susurró Aitana aferrándose al brazo de Marc clavándole las uñas muerta de miedo—. Está aquí. ¿Qué hacemos?

Marc pensó rápidamente un plan.

—Tenemos que abrir la puerta. Si no es capaz de echarla abajo. —La miró a los ojos y le acarició la mejilla con los nudillos despacio, muy despacio. Aitana se derritió por su contacto—. Sígueme la corriente, preciosa.

Marc cogió a Aitana por la cintura y la elevó para que ella enroscara sus piernas en torno a las caderas de él según sus indicaciones. A continuación abrió la puerta para enfrentarse con Jordi.

—¿Qué pasa? —preguntó Marc fingiéndose molesto por la interrupción.

Jordi, con una enorme bolsa de basura en la mano donde Aitana supuso que escondía la escopeta de caza, les miró confuso.

—¿Y Mariola?

—¿Y yo qué sé? —respondió Marc enfadado mientras sostenía entre sus brazos a Aitana firmemente aferrada a su cuello—. ¿Por qué tengo que saber yo dónde está tu novia?

Jordi dio un paso hacia delante y se metió en la habitación. Recorrió con la mirada toda la estancia buscándola y cuando comprobó que Mariola no estaba allí, se volvió hacia Marc y Aitana que en ese momento se estaban besando apasionadamente.

En el mismo instante que Marc vio cómo Jordi comenzaba a girarse hacia ellos buscó la boca de Aitana y unió sus labios a los de ella. Los mordisqueó suavemente y deslizó la lengua entre ellos para buscar la de Aitana y jugar con ella. Por suerte, Aitana correspondió al beso haciéndolo creíble ante Jordi.

La boca de Aitana sabía a helado de limón y a Marc le gustó tanto que se perdió en aquel beso olvidándose casi de que Jordi estaba con ellos en la habitación. Los labios de la mujer que tenía entre sus brazos eran carnosos y suaves. Cuando la lengua de ella salió al encuentro de la de Marc y chocaron, él sintió un escalofrío que le bajó directo hasta su miembro haciendo que se endureciera al instante. Aitana le besaba con una pasión desenfrenada que hacía que las neuronas del cerebro de Marc se fundieran una a una.

Aitana sentía cómo todas las células de su cuerpo se concentraban en aquel beso. Ya que era el primero que Marc la daba, y probablemente el último, quería que fuera inolvidable. Al menos para ella. Al principio se sorprendió cuando él se apoderó de su boca. Pero supuso que lo hacía para dar credibilidad al plan que se le había ocurrido para confundir y engañar a Jordi. Así que se entregó a él como un sediento cuando encuentra un oasis en mitad del desierto.

Besó a Marc con toda la pasión que había acumulado en su cuerpo durante tantos años. Su corazón latía tan atronador que creyó que se le saldría del pecho y cuando él deslizó una mano desde su cintura hasta su trasero, Aitana creyó que se moriría de placer por los ríos de fuego que aquella mano masculina iban dejando en su piel. Sentía todo el calor de la palma de Marc a través de la fina tela de su vestido veraniego quemándola. Pensó que no le importaría arder en una hoguera siempre que fuera con Marc a su lado tocándola y besándola como lo hacía en aquellos momentos.

—¿Vosotros estáis juntos? —Oyeron que Jordi les preguntaba.

Marc rompió el beso para girarse y contestarle. Aitana echó de menos sus labios inmediatamente y todo su cuerpo se rebeló por la pérdida del

contacto.

—Yo creo que está claro, ¿no? —respondió Marc sonriendo. Giró su cara de nuevo y le dio un pequeño beso a Aitana en los labios que a ella la dejó con ganas de más. Despacio, deslizó el cuerpo de ella pegado al suyo para ponerla de pie en el suelo y Aitana pudo sentir la dura erección de Marc contra su vientre.

La diosa que llevaba dentro dio saltos de alegría al saber que el cuerpo de Marc reaccionaba en contacto con el suyo. Le miró sonriéndole como si él fuera el único hombre en el mundo, desde luego para ella lo era, y se inclinó para posar su cabeza sobre el pecho de Marc en una actitud de absoluta rendición. Escuchó cómo el corazón de él latía desbocado al mismo ritmo que el suyo y rezó para que la agitación de Marc se debiera al beso que se habían dado y no al nerviosismo por librarse de Jordi.

«Tiene que ser por el beso. De lo contrario no tendría una tienda de campaña entre las piernas.», se dijo ella.

—¡Joder! —gruñó Jordi meneando la cabeza—. Lo siento, Marc. Me habían dicho que Mariola me la pegaba contigo y con Pau.

—Pues ya ves que no es así —le contestó Marc apretando a Aitana con fuerza contra su pecho al sentir cómo ella se acurrucaba contra él. Le gustó tener entre sus brazos el esbelto y delicado cuerpo de Aitana. Y sobre todo el dulce olor a coco que emanaba de su piel. Se le metía por las fosas nasales y llegaba hasta su cerebro atontándole.

—Tampoco está liada con mi hermano —añadió Aitana—. Mi amiga Violeta y él están juntos —mintió.

Jordi sacudió nuevamente la cabeza negando y se encaminó hacia la puerta.

—Lo siento. De verdad —se disculpó otra vez al pasar por al lado de Marc y Aitana.

Al llegar a la puerta se detuvo y giró sobre sí mismo para mirarla a ella.

—Han debido confundirla contigo —dijo recorriendo el cuerpo de

Aitana con sus ojos—. Sois igual de altas, el mismo color de pelo y la misma constitución delgada. Sí. Ha sido un error.

Salió de la habitación disculpándose de nuevo con la pareja.

Capítulo 3

Una vez que se quedaron solos Aitana hizo un esfuerzo sobre humano para separarse del cuerpo de Marc. Todo había acabado ya por lo que no tenía sentido continuar con su farsa.

Pero Marc no estaba dispuesto a dejarla marchar y al ver que ella se alejaba la retuvo con fuerza entre sus brazos. Ella le miró confundida por aquella reacción.

—Gracias —volvió a decirle Marc—. Si no hubiera sido por ti...

—De nada. ¿Me sueltas para que pueda irme? —preguntó posando las palmas de sus manos sobre el pecho de Marc intentando separarse de él otra vez. Había captado un ligero olor a perfume de mujer, el de Mariola, mezclado con el picante aroma del sexo que habían compartido y aquello no le gustó nada—. Tengo que ir al centro comercial. Envié a Violeta a rescatar a mi hermano y quiero comprobar que todo ha salido bien.

Marc notaba la presión que ejercían las manos de Aitana sobre su pecho y deseó que ella las pasease por otras zonas de su cuerpo calentándole. Estimulando todas sus terminaciones nerviosas. Excitándole más de lo que ya estaba. ¿Cómo era posible que un simple beso con ella y sentir su femenino cuerpo contra el suyo le tuvieran en aquel estado de anhelo y necesidad? Acaba de echar un polvo con Mariola. Debería estar saciado. Pero no. Aitana tenía algo... Había algo en su forma de besarle, apasionada y desesperada a partes iguales, que le había llegado hasta lo más profundo de su corazón.

—Voy contigo —dijo él negándose a abandonarla. No sabía por qué pero su cuerpo se rebelaba ante la idea de separarse de ella—. Podemos cenar los cuatro juntos —añadió para convencerla al ver la reticencia en los marrones ojos de Aitana—. Además Pau me ha traído en tu coche. Podéis dejarme en casa después de cenar y luego os vais juntos a la vuestra.

Aunque en realidad lo que a Marc le hubiera gustado era quedarse con

ella en la habitación del hotel y disfrutar de una noche de sexo desenfadado y lujurioso con Aitana. Por la manera en que ella le había besado y acariciado mientras intentaban engañar a Jordi, Marc estaba seguro de que Aitana sería puro fuego en la cama. Y él se moría de ganas de quemarse con ella. Pero era la hermana pequeña de su mejor amigo. Aitana era fruta prohibida para él.

—De acuerdo —Aitana sonrió feliz ante la posibilidad de estar más tiempo con Marc—. Ponte las zapatillas y nos vamos —dijo mirando sus pies descalzos.

Con un largo suspiro Marc abrió los brazos y la dejó ir. Aitana paseó por la habitación mientras él se sentaba en la cama para atarse los cordones de las zapatillas.

—Está bien la habitación —comentó ella nerviosa observando el contraste de blancos y negros de los muebles, la cama con las sábanas revueltas y las cortinas—. Nunca había estado en una de este hotel.

Marc la contempló comiéndosela con los ojos. El pelo moreno largo y liso hasta mitad de la espalda. Los expresivos ojos marrones, rodeados de espesas pestañas, que junto con su naricilla respingona y sus carnosos labios hacían de su cara algo precioso, digno de adorar. Su cuerpo cubierto por un sencillo vestido rojo de tirantes y corto por encima de la rodilla con la falda tipo evasé. Marc estaba convencido de que esa prenda ocultaba una sensualidad exquisita. Ojalá pudiera desnudarla y rendirle culto durante horas. Pero no podía. Continuó recorriendo con sus ojos codiciosos las esbeltas piernas de Aitana que acababan en unas sandalias de tacón por las que asomaban unos pequeñitos y delicados deditos que a Marc le resultaron muy graciosos.

—No está mal —contestó él—. Para lo que yo la quiero tampoco es que me preocupe mucho la decoración o los muebles. —Se puso de pie y caminó hasta ella. A Aitana le recordó a un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa—. Me vale con que tenga una cama grande y limpia.

Al llegar a su lado la agarró por la cintura. Le picaban los dedos por la

ansiedad de tocarla y necesitaba desesperadamente sentirla pegada a su cuerpo. ¿Qué le pasaba con Aitana? Nunca se había fijado en ella como mujer. Quizá por que como era la hermana pequeña de su mejor amigo se había autoimpuesto una orden de alejamiento sobre ella. Él se divertía con las mujeres y luego las abandonaba. Pero sabía que con Aitana no podía hacer eso. No podía liarse con ella y luego dejarla de lado. Su amistad con Pau se resentiría si le hacía daño a Aitana y no estaba dispuesto a perder a su mejor amigo.

Sin embargo, el beso que se habían dado había hecho que Marc sintiera algo diferente a lo que normalmente sentía con todas las mujeres que pasaban por sus manos. Y mira que él había besado, acariciado y disfrutado de muchas. ¿Por qué ese simple, aunque apasionado beso, le había impactado tanto? Se había quedado con ganas de más. Con muchísimas ganas de más.

Aitana respiraba agitadamente al sentirle tan cerca. Con el brazo de Marc alrededor de su cintura y la mano posada sobre la parte baja de su espalda, él la apretaba contra su pecho como si no quisiera soltarla jamás. Su erección continuaba allí. Empujando contra sus pantalones y el vientre de ella. Notar aquella dureza la puso más nerviosa de lo que ya estaba. Nerviosa y excitada. Tenía las braguitas húmedas desde que él la había besado y ver ahora cómo la miraba el escote, como si la boca se le hiciera agua y estuviera a punto de saltar sobre ella y devorarla, le calentaba más que cualquier llama de cualquier fuego.

—Deberíamos irnos —sugirió Aitana con un suspiro tembloroso.

—Es una pena que no podamos aprovechar la habitación más tiempo. — Marc se inclinó sobre la boca de Aitana quedando a escasos centímetros de aquellos sensuales labios que pedían a gritos ser besados hasta quedarse sin aliento.

—Sí. Es una pena —se le escapó a ella sin querer.

Él desvió la mirada desde la boca de Aitana hasta sus ojos al escucharla. Con la mano libre cogió un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja,

aprovechando para agarrarla después por la nuca y acercarla más a sus labios. Tenía que besarla antes de irse de allí. Una vez más. Porque sabía que después de esa tarde ya nunca podría volver a tener a Aitana como la tenía en ese momento. Debía aprovechar su oportunidad. Aunque solo fuera para conseguir un beso.

¡Pero qué beso! Si Aitana volvía a enredar su lengua con la de él como había hecho antes, acariciándola y mimándola, no estaba seguro de que pudiese despegarse de sus labios en toda la noche. Era un riesgo que debía correr. El premio sería demasiado bueno. Y lo recordaría eternamente.

Se fundió con ella en otro beso largo y profundo. La aplastó contra la pared mientras devoraba sus labios, succionándolos, mordiéndoselos y deleitándose con el sabor de la boca de Aitana. La cogió por las muñecas y levantó sus manos por encima de la cabeza de ella. Después Marc deslizó lentamente las yemas de sus dedos por los brazos de Aitana bajando por todo su delicado y pequeño cuerpo mientras no dejaba de besarla y ella de jugar con su lengua. Aitana gimió con todas sus terminaciones nerviosas alteradas cuando Marc posó sus manos sobre su pecho por encima del vestido y se los acarició como si fueran el tesoro máspreciado del mundo.

Ese erótico sonido hizo que el pene de Marc palpitará en el interior de sus pantalones. Se aplastó más contra ella, cubriéndola con su metro ochenta, y comenzó a restregar su erección contra el vientre de Aitana. Sentía un delicioso calor inundándole y necesitaba desesperadamente correrse otra vez.

—Tenemos que irnos —jadeó ella abandonando la posesiva boca de Marc para tomar aire. La agresividad con que él la besaba la estaba dejando sin aliento.

—Solo un poco más —suplicó él y Aitana se sintió dichosa por tener a ese hombre solo para ella en aquellos momentos deseándola.

Marc recorrió con pequeños besos la mandíbula de Aitana y bajó por su garganta hasta su pecho haciéndole arder. Apartó con cuidado los tirantes del vestido para deslizárselo un poco por los brazos que ella ahora tenía

enredados tras la nuca de Marc. Necesitaba saborear con su lengua aquellos pechos, que aunque eran más pequeños de lo que a él solían gustarle, le tentaban de una manera enloquecedora. Posó sus labios en el escote de Aitana y sintió en ellos el latido desbocado del corazón de ella.

Aitana se deshacía entre sus brazos como la mantequilla puesta al sol. Estaba viviendo un sueño del que no quería despertar. Llevaba años deseando en silencio a ese hombre y ahora por casualidades del destino le tenía allí totalmente entregado a ella. Los besos y las caricias de Marc quemaban su piel y deseó que la quedase alguna marca de su encuentro con él. Algo que pudiese recordar siempre. Porque sabía que después de aquello Marc volvería a mostrarse tan inaccesible como tenía por costumbre con ella.

Al fin y al cabo ella no era más que la hermana pequeña de su mejor amigo. Y ese rato en aquella habitación para él no significaba nada. Aitana era otra mujer más en la larga lista de conquistas de Marc. Ese pensamiento hizo que su cuerpo se rebelase contra lo que estaba sucediendo. Ella no quería ser una más. Quería serlo todo para él. Pero sabía que no podía ser. Recuperando buena parte de su cordura empujó a Marc para alejarle de ella.

—Basta ya —ordenó seria sintiendo en su corazón un profundo dolor—. Jordi ya se ha ido. No tenemos por qué continuar con esta farsa.

Marc la miró a los labios hinchados por sus besos. Después recorrió con sus ojos el rostro de ella sintiéndose orgulloso por ser él el culpable del rubor que cubría su piel. Aitana tenía una cara preciosa. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo guapa que ella era?

—Debemos irnos —añadió Aitana moviéndose hacia un lado para salir del encierro al que Marc la tenía sometida con su cuerpo, apretado contra ella anclándola a la pared.

—Sí. Es lo mejor —suspiró él con pesar echándose a un lado para dejarla libre.

Al salir de la habitación Marc la tomó otra vez por la cintura arrimándola a su cuerpo. Necesitaba sentirla junto a él.

—¿Qué haces? —siseó Aitana, de pronto, molesta sin que Marc supiera por qué había pasado en pocos minutos de mostrarse tremendamente apasionada a fría y distante como ahora.

—Disimular —mintió y la ciñó más a su cuerpo impidiendo que ella se alejase—. Puede que Jordi aún esté por aquí buscando a Mariola. Relájate y sonríe.

Salieron a la calle pegados el uno al otro y se dirigieron al centro comercial. Una vez que traspasaron la puerta del mismo Aitana se soltó del agarre de Marc. Él echó de menos el calor del cuerpo femenino al instante. Anduvo detrás de ella contemplando el contoneo de sus caderas al andar y volviéndose loco al mismo tiempo. Gracias a Dios que llevaba la camiseta por fuera de los vaqueros ocultando su dolorosa erección. Observó fascinado el firme trasero de Aitana y tuvo que contenerse para no acariciárselo posesivamente.

Mientras cruzaban el primer piso del centro comercial para ir a las escaleras mecánicas que llevaban a donde estaba el cine, Marc aceleró el paso para ponerse junto a Aitana. Se había dado cuenta de cómo algunos hombres la desnudaban con la mirada al pasar por su lado y aquello no le había gustado ni un pelo. Se desató en él un instinto de protección y posesión que no había sentido nunca.

—Hacía tiempo que no nos veíamos y ¡uf! vaya manera de reencontrarnos, ¿verdad? —comentó Marc intentando mantener una conversación con ella. Sintió el impulso de rodear su cintura con un brazo y atraerla hacia él para marcar su territorio y dejar bien claro al resto de hombres que la chica no estaba disponible. Pero lo reprimió. Aitana asintió y Marc continuó—. Me ha dicho Pau que has vuelto hace dos semanas de Alemania porque te han contratado en el Departamento Financiero de una empresa en Alicante.

Aitana volvió a asentir mientras caminaban uno junto al otro, sin tocarse, hasta que llegaron a las escaleras. Comenzaron a subir y Marc

continuó con su charla.

—¿Echabas de menos el sol del mediterráneo? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros en un intento por no tocarla. ¿Pero qué demonios le pasaba con Aitana? Sentía un hormigueo en todo el cuerpo por la necesidad de acariciar la piel de ella.

—Sí. Entre otras cosas —respondió Aitana. «Te echaba de menos a ti», estuvo tentada de confesarle—. Ya sabes. —Le miró de reojo y suspiró. ¿Por qué tenía que ser tan guapo el condenado?—. La familia, los amigos, el calor del sol...

Llegaron a la planta superior y se dirigieron hacia la puerta del cine.

—La alegría de la gente. El barullo que hay siempre en la calle —continuó ella—. Los alemanes son más fríos y silenciosos que nosotros.

—¿Ha habido algún alemán en especial? —preguntó Marc y al instante se reprendió. ¿A él que narices le importaba?

Aitana le miró antes de responder.

—Unos cuantos —mintió como una bellaca. Se detuvo al llegar a la entrada del cine y echó un vistazo alrededor. Pero no vio ni a Pau ni a Violeta.

—¿Cuántos? —Quiso saber Marc.

Al escuchar su dura voz Aitana le miró extrañada. Parecía... ¿enfadado?

—No sé —dijo ella encogiéndose de hombros—. He perdido la cuenta —sonrió otra vez viendo la cara de cabreo de él. Sí. Marc estaba cabreado por su respuesta. El caso es que ella no entendía por qué él se ponía así. ¿Qué más le daba con cuántos había estado?—. La verdad es que nunca los he apuntado. No tengo una lista ni nada parecido. Pero si quieres que te diga una cantidad aproximada... —hizo una pausa y frunció el ceño como si estuviera pensando—. Unos diez o doce.

En realidad Aitana solo había tenido una corta relación con un chico de Múnich. Fue algo tan breve que no merecía la pena recordarlo. Salió con él para olvidar a Marc y al darse cuenta de que eso era imposible, le dejó. Pero

claro, ella no iba a confesarle esto a Marc. Con la larga lista de amantes que él poseía, Aitana no podía compararse. Y para no parecer tonta e inexperta a sus veinticuatro años se estaba inventando todo aquello.

Continuó mirando a su alrededor intentando localizar a Pau y Violeta mientras Marc la miraba fijamente. Aitana sentía cómo la sangre corría enloquecida por sus venas al saberse el centro de atención de aquel atractivo y sexy hombre.

—Vaya, así que nuestro pequeño ratón de biblioteca se ha abierto al mundo y ha experimentado con unos cuantos alemanes —soltó Marc enfadado. ¿Diez o doce? ¡Maldita sea! Pero esa chica, ¿a qué había ido a Alemania? ¿A estudiar? ¿O a tirarse a un tío tras otro?

—Dos años dan para mucho —sonrió divertida al ver la cara que ponía Marc. Parecía celoso. ¿Celoso? ¡Imposible!

Marc estaba que echaba humo. Lo cual era una tontería ya que hasta ese mismo día no se había fijado en Aitana como mujer. Pero lo que había ocurrido con ella en la habitación del hotel le había trastornado y confundido. Ahora la veía con otros ojos. Unos ojos posesivos que asesinarían a cualquiera que le pusiera la mano encima a esa mujer.

—¡Ahí están! —exclamó de repente Aitana señalando con un dedo por detrás de Marc—. ¡Vamos!

Pasó por su lado rozando sin querer el brazo de Marc y los dos sintieron la electricidad que se creó entre ellos por este mínimo contacto. Aitana ignoró la sensación y continuó su camino hacia donde estaba Pau con su amiga. Marc cerró los ojos unos segundos y suspiró. Se estaba volviendo loco. Sentía cosas que no debía sentir. Anheló, deseo, posesión. «Tiene que ser mía», pensó codicioso abriendo los ojos de nuevo y echando a andar detrás de Aitana. Intentó por todos los medios no admirar su figura mientras ella se contoneaba delante de él cubriendo la distancia que la separaba de Pau y Violeta. Pero le fue del todo imposible. No podía alejar sus ojos de ella. Y lo que era peor. Su cuerpo entero rabiaba por tenerla otra vez pegada a él y

apoderarse de su sensual boca.

—Todo ha salido bien —suspiró Violeta aliviada al ver a su amiga llegar sana y salva. Aitana le dio un pequeño abrazo y luego se separó de ella para mirarla a la cara.

—¿Has tenido que esperar mucho a que mi hermano saliera del cine?

—Al final no he llegado a entrar —intervino Pau—. Ninguna película ha llamado mi atención. Así que me he ido a esa cafetería de ahí —señaló con la cabeza una cercana—, y estaba tomando una cerveza mientras esperaba cuando he visto llegar a Violeta. He flipado al saber lo de Jordi —añadió lo más bajo que pudo para que nadie más que ellos cuatro se enterasen.

—Sí. Ha sido alucinante —murmuró Marc—. Menos mal que Aitana ha llegado a tiempo. De lo contrario... —sacudió la cabeza negando.

Pau se acercó más a su amigo y le puso una mano en el hombro.

—La próxima vez ten más cuidado, colega —le aconsejó en voz baja—. Mi hermana no va a estar siempre ahí para salvarte el culo. Esta vez has tenido suerte pero...

—No habrá próxima vez —le cortó Marc mirándole fijamente—. No pienso volver a ver a Mariola. No voy a arriesgarme a que Jordi me pegue un tiro.

El corazón de Aitana latió loco de contento. ¡Marc no iba a volver con Mariola! ¡Bien! Pero enseguida se desilusionó. Él tenía una larga lista de amantes para sustituir a esa mujer. Y Aitana no figuraba en ella.

—Es lo mejor, Marc —coincidió Pau con él—. Con la cantidad de tías que hay en Alcoy solteras y sin compromiso ¿por qué te vas a seguir complicando la vida con ella? —Le palmeó el hombro y añadió—. No merece la pena.

Marc asintió antes de volver a hablar.

—Bueno y ahora que ya ha terminado todo, ¿cenamos juntos en algún sitio por aquí o queréis ir a otro lugar? —Desvió su mirada hasta Aitana que, al lado de Violeta, había permanecido en silencio mientras ellos hablaban.

¡Dios! ¡Qué guapa era!—. Tengo que agradecerle a mi heroína que me haya salvado —dijo sonriéndola como si ella fuera la razón por la que el sol salía cada mañana.

Cenaron allí mismo en un sitio de comida rápida mientras hablaban de muchos temas distintos. Marc comprobó que Aitana era una mujer muy inteligente y además divertida. Se rió mucho cuando ella contó algunas anécdotas de sus primeros meses de vida en Múnich. Pero la idea de que Aitana había pasado por las manos de unos cuantos alemanes no se alejaba de su mente y le enfurecía. Los últimos minutos de la cena se dedicó a planear la manera de tenerla otra vez entre sus brazos y con sus labios pegados a los de ella sin que Pau se enfadase con él por seducir a su hermanita pequeña.

Cuando se dirigían al parking donde estaba el coche de Aitana, Marc la agarró de un brazo obligándola a reducir la marcha y quedarse rezagados respecto a la otra pareja.

Ella se estremeció al sentir de nuevo el contacto de los dedos de Marc sobre su piel. Miró la gran mano que rodeaba su brazo, más morena que su piel, mientras notaba cómo un fuego abrasador se apoderaba de todo su cuerpo. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Marc clavados en ella.

—Quiero verte otra vez —susurró él acercándose a la oreja de Aitana para que no les escucharan Pau y Violeta. El suave aliento de Marc le hizo cosquillas y su pulso se aceleró inmediatamente.

—No —soltó ella haciendo un esfuerzo sobrehumano para dar aquella negativa. Marc era un depredador y ella no quería ser simplemente una más en su lista. Aitana deseaba tener el poder de poner a Marc de rodillas frente a ella y que le jurase amor eterno. Pero sabía que eso no ocurriría nunca. Así que se negó a su petición.

Con un movimiento brusco Aitana se soltó del agarre de Marc y anduvo más deprisa para alejarse de él. Marc se quedó totalmente descolocado. Nunca, ninguna mujer, le había rechazado. Y Aitana no iba a ser la primera en hacerlo.

Capítulo 4

Durante varios días Aitana recordó los besos y las caricias de Marc sintiéndose dichosa. Y sobre todo su última súplica. A la que ella se había negado para después huir y refugiarse en su hermano y su amiga. Aquella noche se regañó a sí misma muchas veces por haberle dicho que no a Marc, pero era mejor así. Sabía cómo era él y no quería que le hiciera daño.

Si hubiese aceptado su proposición estaba segura de que Marc haría realidad sus fantasías más oscuras y pervertidas. Pero, ¿y luego qué? Él la dejaría de lado e iría a por su siguiente conquista.

Había hecho bien al negarse. No quería entrar en el Paraíso y que luego Marc la echase de él. Era mejor no conocer nunca lo que no podía tener.

—Señorita Llopis —dijo la recepcionista al otro lado de la línea telefónica—. Aquí hay un caballero que desea verla.

—¿A mí? —preguntó sorprendida. Ella no se relacionaba con los clientes. Ni siquiera telefónicamente.

—Sí. El señor Sempere —le informó—. Marc Sempere —añadió para aclararle la identidad del hombre que había preguntado por ella.

Si no estuviera sentada en la cómoda silla de cuero negro de su despacho Aitana se habría caído de culo al escuchar el nombre de Marc. ¿Estaba allí? ¿Había ido a verla? ¿Para qué?

—Hágale... pasar... por favor —balbuceó alucinada. Un hormigueo recorrió su nuca y el vello de todo su cuerpo se erizó ante la perspectiva de ver de nuevo a su objeto del deseo después de lo que había pasado entre ellos.

Un par de minutos después Marc entró en su despacho. Cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra ella. La miró sonriéndola seductoramente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Aitana cuando se recuperó de la impresión de tenerle frente a ella tan atractivo y sexy que daban ganas de tirarse a su cuello y morderle cual vampiro sediento.

Marc vestía un traje gris claro, con camisa negra y corbata roja que le hacían más apetecible de lo que ya era. Aitana tragó saliva. Su garganta se había resecaado al verle así vestido. Estaba imponente. Y lo que era peor. Marc desprendía un aura de seguridad y elegancia con ese traje que le hacían más tentador aún.

—He venido a verte. —Se despegó de la puerta y caminó hasta colocarse frente a Aitana con el escritorio entre ellos separándoles—. ¿Puedes salir a tomar un café conmigo?

—Ahora... mismo... no —balbuceó con el corazón latiendo alocado y la respiración completamente alterada por la cercanía de su objeto del deseo—. Estoy... Tengo que terminar esto —señaló la pantalla del ordenador—, antes de las doce y media. A... Además ya he tomado un café antes.

—Vale —Marc se apoyó con las manos en la mesa y se inclinó hacia ella. Había captado el dulce aroma a coco de Aitana y necesitaba aspirar un poco más de él—. Entonces te invito a comer. ¿A qué hora sales?

Aitana se recostó en el sillón de cuero y se cruzó de brazos mirándole fijamente. Marc supo que no se lo iba a poner fácil.

—¿Cómo has sabido dónde trabajo? —le preguntó lo más seria que pudo. Aunque por dentro estaba dando saltos de alegría por tenerle allí. Había ido a buscarla. Se había interesado por ella lo suficiente como para enterarse de dónde trabajaba.

Marc se sentó en una silla de las dos que había frente al escritorio de Aitana. Se desabrochó los botones de su americana y apoyó el tobillo de una pierna sobre la rodilla de la otra.

—Cuando Pau me contó que volvías a Alcoy para trabajar en una empresa de Alicante me dijo el nombre. Así es como sé dónde trabajas —contestó él sin apartar la vista de los ojos marrones de Aitana.

Ella asintió.

—¿Y qué haces en Alicante un jueves a las —Aitana miró el reloj de su muñeca—, doce menos cuarto de la mañana? —Desvió su mirada hasta la

cara de Marc que le sonreía mostrando todos sus blancos y perfectos dientes —. ¿No deberías estar en Alcoy trabajando?

—Mi padre me ha mandado visitar un par de clientes que tenemos aquí. Y como ya he terminado. —Se levantó de la silla y rodeó la mesa para acercarse a Aitana. Ella se echó hacia atrás con su asiento de ruedas intentando huir de él. Hasta que chocó contra la pared de cristal desde donde se dominaba todo el puerto deportivo de la ciudad costera—, me he pasado por aquí para ver si podías escaparte un rato conmigo.

La sonrisa que Marc le dedicó a Aitana en ese momento prometía noches de placeres inimaginables. Ella le observaba con el corazón latiendo tan desbocado que creyó que Marc podría oírlo. La sangre corría enloquecida por sus venas instándola a fundirse en un apasionado beso con ese atractivo hombre. Sentía las braguitas completamente empapadas por la excitación ¡y ni siquiera la había tocado aún! Pero es que Marc era capaz de conseguir eso de una mujer con una simple sonrisa suya.

—Pero si ahora no puedes salir. —Marc puso sus manos en los reposabrazos del sillón que ocupaba Aitana y se inclinó para quedar a escasos centímetros de su cara. No le había gustado nada que ella pusiera distancia entre los dos y no pensaba permitir que se le escapara en ese momento—, te esperaré. Comeremos juntos en el puerto. Conozco un restaurante que te va a encantar.

Aitana parpadeó un par de veces para salir de su atontamiento. El delicioso olor a gel de baño de Marc mezclado con su esencia masculina hacía que su cerebro no pudiese pensar con claridad.

—No creo que sea buena idea, Marc —se obligó a decir cuando en realidad le acompañaría hasta el fin del mundo si él se lo pedía.

—Por favor... —susurró él acercándose más a la tentadora boca de Aitana hasta casi rozarla con sus labios—. Di que sí.

Aquello era surrealista. Marc jamás había tenido que suplicar por una cita. Tenía a cualquier mujer que quisiese con solo chasquear los dedos. Pero

es que desde aquellos ardientes besos en el hotel con Aitana no podía quitársela de la cabeza. Había pasado todos esos días pensando en ella y deseando verla. Por eso se ofreció voluntario a su padre para ir a visitar a los dos clientes que tenían en Alicante en lugar de enviar a cualquier otro comercial de la empresa. Así tendría la oportunidad perfecta para ver a Aitana. Y no se iba a marchar de ese despacho sin conseguir que ella aceptara una cita con él.

—A las dos —contestó ella rindiéndose ante el hombre que tanto anhelaba. Cerró los ojos y suspiró. ¡A la mierda sus intenciones de mantenerse alejada de él!

Aitana sintió el calor de la boca de Marc apoderándose de la suya cuando fusionó sus labios con los de ella. Abrió los ojos de golpe e intentó alejarse. Pero Marc siguió el movimiento con su boca pegada a la de Aitana y su lengua enredándose con la de ella. Poco a poco fue cediendo al maravilloso placer de tener a Marc besándola.

Soltó un suave gruñido de placer que hizo que el corazón de Marc latiera más deprisa en una mezcla de ansiedad sexual y excitación. Él la agarró por la nuca con una mano para profundizar el beso y Aitana le cogió de la corbata roja tirando de ella para atraerle más hacia su cuerpo. Abrió las piernas para que Marc pudiera meterse en aquel hueco y él se arrodilló en el suelo entre sus muslos quedando sus bocas a la misma altura.

—Me encanta cómo besas —susurró Marc todavía pegado a los adictivos labios de Aitana—. Se nota que tienes mucha experiencia.

«Si tú supieras», pensó ella finalizando el beso. Le dolía en el alma separarse de la boca de Marc pero no podía entretenerse más con él allí. Debía trabajar. Y si alguien entraba en su despacho y les pillaba de esa guisa, ella tendría problemas con sus superiores.

—Tú también lo haces estupendamente —le sonrió arreglándole la corbata—. Pero es mejor que por ahora lo dejemos aquí. Espérame a las dos abajo en el vestíbulo.

Marc la dio un fugaz beso en los labios antes de ponerse en pie y despedirse de ella.

La comida resultó ser muy agradable. Marc le contó varias cosas sobre su trabajo en la empresa textil de su padre donde él era el responsable del Departamento Comercial. Aitana escuchó embelesada cada una de sus palabras aunque mucho de eso ya lo conocía ella por haber oído a Pau comentarlo alguna vez en casa.

Cuando estaban esperando a que el camarero les trajera la cuenta a Marc le sonó el móvil. Miró la pantalla y frunciendo el ceño contestó.

—Hola Carolina. —Escuchó unos segundos lo que la mujer le dijo al teléfono y continuó hablando—. No puedo. Lo siento. Pero gracias por felicitar-me. —Hizo una nueva pausa en la que miró a Aitana y dejó de prestar atención a lo que le decían al otro lado de la línea telefónica.

Aitana contemplaba el mar mientras la brisa mecía sus cabellos y los rayos del sol acariciaban sus mejillas. Con el vaporoso vestido blanco de tirantes que ella llevaba ese día parecía un ángel recién caído del cielo. Marc pensó que era la criatura más bella que jamás había visto. ¿Cómo era posible que nunca hubiese reparado en ella? Aitana era simplemente deslumbrante.

Cuando ella desvió la mirada de la playa y sus ojos se encontraron con los de Marc un delicioso calor la recorrió entera. Él la observaba con los ojos encendidos de pasión y... algo más que Aitana no supo definir.

Marc colgó el teléfono sin despedirse de la persona que le había llamado asombrado ante tanta belleza. Un sentimiento totalmente nuevo para él recorrió su cuerpo hasta llegar a su corazón. Pero no sabía cómo describirlo por lo que dejó de lado aquella sensación para meditar sobre ella más tarde.

—Tengo que volver a la oficina —dijo Aitana mirando el reloj colgado en la pared de la terraza del restaurante justo cuando el camarero le entregaba a Marc la cuenta.

Dieron un pequeño paseo hasta la empresa donde trabajaba Aitana, muy cerca del puerto deportivo, mientras Marc sentía que con cada paso ella se

alejaba más de él y no podía hacer nada para detenerla. Le hubiese gustado parar el tiempo y poder disfrutar de la compañía de Aitana para siempre. Pero ella debía regresar a su puesto laboral y él volver a Alcoy para informar a su padre de las reuniones que había tenido esa mañana.

—¿Qué vas a hacer el sábado? —preguntó Marc plantado frente al edificio de oficinas donde Aitana trabajaba—. He pensado que quizá podríamos ir a la playa y pasar el día allí.

Aitana le miró sonriente y feliz por el interés que él mostraba. Pero no quería engañarse. Ella sería una más en la lista de Marc. Aun así no podía desperdiciar la oportunidad de pasar más tiempo en compañía del objeto de sus sueños más íntimos. Y la posibilidad de estar todo un día con Marc y además verle en bañador la tentaba de una manera escandalosa.

—En principio nada —contestó mientras se enrollaba un mechón de pelo en el dedo y jugueteaba con él en una actitud claramente seductora. Al ver la cara de ilusión que se le puso a Marc añadió para hacerle sufrir un poco—. Pero tendría que hablar con Violeta a ver si a ella le apetece venir.

Marc la miró confuso. ¿Qué pintaba su amiga con ellos todo un día? Pero en ese momento tuvo una idea. Pau le había comentado en alguna ocasión que le interesaba Violeta pero ella siempre huía de él. Podría decirle a su amigo que les acompañase a la playa y así mientras Pau estaba con Violeta, él podría dedicarse en cuerpo y alma a Aitana. Lo malo era que su amigo se daría cuenta de las intenciones que él tenía con su hermana y eso podría causarles problemas. Pero era un riesgo que debía correr si quería tener todo un día a Aitana a su lado.

—Bien —respondió Marc sonriendo de nuevo—. Le diré a Pau que nos acompañe y así Violeta y él pueden entretenerse juntos.

—¿Haciendo de celestina? —se rió Aitana.

—Es uno de mis talentos ocultos.

—¿Tienes más? —preguntó ella con un tono de voz sugerente que hizo que el pene de Marc palpitará en el interior de sus pantalones.

Marc se acercó a ella y rodeó su estrecha cintura con un brazo. Apretó el cuerpo de Aitana contra el suyo y se inclinó sobre su oído para susurrarle:

—Tengo muchos más. Pero necesitaría una cama para enseñártelos.

Aitana se derritió entre sus brazos al escucharle decir aquello. Los pezones se le endurecieron ante la promesa de noches de pecado implícita en las palabras de Marc. Notó las braguitas empapadas y cómo su sexo pedía a gritos atención. Pero estaban delante de la empresa donde ella trabajaba. No podían hacer absolutamente nada allí a la vista de todo el mundo. Así que con un esfuerzo sobrehumano se obligó a apartarse del cálido y fuerte cuerpo de Marc.

—Antes le has dado las gracias a la persona que te ha llamado por felicitarte —comenzó a hablar Aitana para cambiar el curso de la conversación hacia asuntos más seguros y banales—. ¿Es tu cumpleaños?

—Sí —le confirmó Marc mientras dejaba que Aitana se le escapara de entre los brazos como la arena de la playa se escurre entre los dedos al abrir la mano—. Hoy cumplo veintinueve.

—¡Felicidades! —exclamó ella contenta y le dio un rápido beso en la mejilla—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Marc se encogió de hombros. No sabía por qué no lo había mencionado. Quizá porque estaba más interesado en conocer cosas de Aitana que en hablar de sí mismo. Aunque eso también lo había hecho porque ella se había mostrado interesada en él.

Se quedaron unos minutos en silencio mirándose a los ojos hasta que Aitana habló de nuevo.

—Tengo que entrar ya. —Hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta del edificio—. Gracias por la comida... y por la compañía. Me ha gustado mucho estar contigo.

La sonrisa que Aitana le dedicó a Marc hizo que su pulso se acelerase hasta límites insospechados. Sin pensar en lo que hacía, la cogió por la nuca y la atrajo hacia él para devorar su boca con un abrasador beso que les hizo a

los dos gemir de placer. Se separaron con la respiración jadeante y Aitana le acarició con dulzura la mejilla a Marc. Él inclinó la cara hacia la mano de ella buscando su contacto y cerró los ojos deleitándose con la suavidad de su piel.

Cuando notó que ella la retiraba fue como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Abrió los ojos y centró su mirada en la preciosa mujer que tenía delante.

—Estoy deseando que llegue el sábado —susurró Marc.

—Yo también.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo él antes de que Aitana se alejase para meterse en el frescor del edificio de oficinas. Ella le miró esperando su pregunta y Marc se aclaró la garganta antes de continuar—. De los diez o doce alemanes con los que has estado, ¿con cuántos te has acostado?

Aitana se quedó sorprendida por aquella pregunta. No esperaba que le dijera eso. ¿Por qué había sacado ahora ese tema? Además, ¿a él qué le importaba? Se suponía que cuanto más experiencia tuviera ella en el plano sexual mejor, pues sería sinónimo de un mayor disfrute para los dos en caso de que pasaran alguna noche juntos.

—Con todos —mintió pensando que a este paso le iba a crecer la nariz más que a Pinocho por todas las falsedades que salían de su boca—. Son hombres igual que tú y todos queréis lo mismo. ¿Tú crees que íbamos a pasar el tiempo jugando al parchís? —Se rió maliciosamente. La cara de Marc al escucharla era todo un poema. Realmente parecía furioso. Como si estuviera dispuesto a arrancarle la cabeza a todos aquellos hombres que, supuestamente, habían pasado por la cama de Aitana.

Marc inspiró hondo para calmarse. La respuesta de ella no le había sentado nada bien.

—¿Y aquí? —preguntó él apretando los dientes para dominar su rabia mientras señalaba con el mentón el edificio—. ¿Hay alguien que te interese?

«El único hombre que me interesa eres tú, idiota.», pensó ella sin dejar de sonreír ante su gesto enfadado. Se estaba divirtiendo mucho viendo la

reacción de Marc. Pero no entendía por qué se ponía así. Era imposible que ella le interesase de verdad y él se sintiera amenazado por otros jóvenes. Ridículo.

—De momento no le he echado el ojo a ninguno —respondió Aitana—. Pero si lo hago... —Posó su mano en el pecho de Marc y le acarició lentamente por encima de la americana—, serás el primero en saberlo ya que pareces estar muy interesado en mi vida sexual —añadió con picardía ensanchando más su sonrisa mientras se alejaba de él para meterse en el interior del edificio.

Capítulo 5

Marc estaba en un estado de confusión que le tenía angustiado. Por un lado, deseaba estar con Aitana más que con ninguna otra. Por otro, sentía la necesidad de evitarla para sacarla de su cabeza y poder continuar con su tranquila vida como hasta ahora.

También estaba el tema de sus amantes. Le atormentaba saber que aquel cuerpo delicado y hermoso había pasado por tantas manos. Aunque él también había estado con muchas mujeres. ¿Por qué le molestaba tanto que Aitana hubiera tenido diversas aventuras en los dos años que estuvo en el extranjero? ¿No eran iguales hombres y mujeres? ¿No tenían los mismos derechos y obligaciones? Entonces ¿por qué no le parecía bien que aquel ratón de biblioteca, siempre con la nariz metida en sus libros, hubiera espabilado y se hubiera abierto al sexo como se abre una flor a los primeros rayos del sol?

La observó tumbada en la toalla a su lado con un minúsculo bikini de flores estampadas que realzaba las sensuales curvas de su cuerpo. Lo recorrió con su mirada venerando cada porción de piel por donde sus ojos se deslizaban, acariciándola con ellos, y deseó estar solos en aquella playa para poder abalanzarse sobre Aitana y devorarla.

Miró a su alrededor buscando a Pau y Violeta y se alegró al verles paseando por la orilla alejándose de ellos. Tenía unos minutos preciosos a solas con Aitana hasta que la otra pareja regresara y pensaba aprovecharlos al máximo. Se giró hacia ella y la descubrió sentada en la toalla poniéndose protector solar en los brazos.

—¿Te ayudo? —le preguntó anhelando tocar su cuerpo.

—Ponme en la espalda, por favor —dijo ella tendiéndole el bote de crema y tumbándose boca abajo en la toalla.

Cuando Marc posó sus manos sobre Aitana la energía sexual que había

controlado con tanto cuidado durante buena parte del día se desbordó. Una descarga le recorrió entero al entrar en contacto con ella. Se inclinó sobre su hombro derecho y comenzó a besarlo mientras deslizaba las manos posesivamente por la suave piel de Aitana.

—Quieto —suspiró ella deshaciéndose bajo sus abrasadores labios—. Mi hermano...

—Está en la otra punta de la playa muy bien acompañado —la cortó él sentándose a horcajadas sobre el trasero de Aitana mientras recorría con su boca la nuca y los hombros de ella—. Y yo ya no aguantaba más sin tocarte. Sin besarte —añadió Marc sintiendo en su lengua la sal del mar impregnada en la piel de Aitana.

—Te vas a tragar toda la crema —le advirtió ella.

—Mejor. Así estás más rica.

Aitana soltó una pequeña risa al oírle pero cuando Marc se apoderó del lóbulo de su oreja y lo mordisqueó tirando de él, las risas dieron paso a los suspiros. Y esos sonidos le resultaron tan eróticos a Marc que deseó estar en una cama en lugar de en la arena de la playa para poder disfrutar del cuerpo de Aitana como realmente él quería. Necesitaba desesperadamente enterrar su pene hasta lo más profundo del sexo de ella y con un poco de suerte pasarse varias horas allí dentro calentito.

Marc estaba convencido de que en el momento en que la hiciera suya se le pasaría esa obsesión que tenía con ella y que le estaba volviendo loco.

—No te puedes imaginar lo mucho que me gustaría follarte ahora mismo —susurró en el oído de Aitana haciéndole cosquillas con su aliento.

—¿Aquí? ¿En la playa? —contestó ella sobresaltada. Intentó girarse para mirarle a la cara pero Marc continuaba sentado sobre su trasero y con su pecho pegado a la espalda de Aitana—. ¿Estás loco? —le miró por encima del hombro y sus bocas quedaron peligrosamente cerca.

—Si estuviéramos solos... —comenzó a decir él con los ojos encendidos de pasión—. Pero tendremos que esperar. —Se inclinó un poco

más y depositó un beso en la comisura de los labios de Aitana—. Esta noche. En el hotel. Habitación 101.

Aitana abrió los ojos como platos. ¿Marc la estaba proponiendo que tuvieran un encuentro al más alto nivel esa misma noche? ¿En el mismo lugar donde se encontraba con sus amantes? Su orgullo femenino se rebeló. Comenzó a retorcerse bajo el cuerpo de Marc hasta que consiguió quitárselo de encima.

—No —contestó muy seria sentándose en la toalla con él a su lado apoyado sobre los codos—. Si quieres follar conmigo tendrá que ser en otro sitio. No en uno donde has estado con infinidad de mujeres. Yo quiero ser distinta. Por lo menos en eso.

Marc sopesó las palabras de Aitana. Nunca había estado con una mujer en ningún otro lugar que no fuera aquella habitación de hotel. Y su casa era su refugio. Allí no llevaba a nadie. Pero deseaba tan desesperadamente a Aitana que no le importaba hacer una excepción con ella.

—Está bien —cedió—. Ven a mi piso a las once de la noche.

Capítulo 6

—Tu hermano me ha pedido que vaya a cenar con él esta noche. Los dos solos —le contó en voz baja Violeta a Aitana mientras caminaban hacia el coche. Habían pasado un maravilloso día en la playa de San Juan pero ahora tocaba regresar a casa. Los chicos caminaban unos metros por delante de ellas enfrascados en una conversación que ninguna de las dos podía escuchar.

Aitana la miró sonriendo. Por fin las cosas entre Pau y Violeta comenzaban a marchar. Ella había superado su nerviosismo y vergüenza cuando él estaba delante y Pau no había desperdiciado la ocasión al ver que Violeta se mostraba más accesible.

—¿Qué tal tú con Marc? ¿Algún avance positivo?

—Me ha pedido que me acueste con él esta noche en su casa —contestó Aitana como si fuera la cosa más normal del mundo y no llevase años soñando con eso.

—¡Joder! —exclamó Violeta alucinada—. Eso sí que es ir directo al grano. ¿Y tú qué le has dicho?

Aitana soltó un largo suspiro antes de hablar.

—¿Sabes? Estos días pasados pensaba que era mejor no tener nada con Marc porque después me destrozaría el corazón cuando se fuera con otra. — Se detuvo para terminar de confesarse con su amiga pues ya estaban muy cerca del coche y no quería que los chicos oyesen lo que le estaba contando—. Pero no he podido resistirme cuando me lo ha pedido. Le he dicho que sí. —Sonrió feliz ante lo que se avecinaba dentro de unas horas—. Le deseo demasiado. —Miró a su amor platónico y añadió—. Prefiero vivir mi vida con el recuerdo de haber estado entre sus brazos una noche, que pasar el resto de mis días preguntándome cómo sería haber estado así con él.

Violeta la abrazó contenta porque Aitana iba a conseguir hacer realidad su mayor sueño. Bueno, tirarse a Marc no era realmente su mayor sueño, sino

casarse con él y tener un montón de niños. Pero dicen que a falta de pan, buenas son tortas. Así que tenía que conformarse con pasar una noche con él y luego, como había dicho ella, vivir con su recuerdo.

—Pero estoy preocupada por una cosa —continuó Aitana cuando Violeta deshizo el abrazo—. Tú sabes que tengo poca experiencia en el sexo. Solo he estado con un chico, el que conocí en Múnich.

—No creo que a Marc le importe mucho —la interrumpió Violeta acariciándole el brazo a Aitana para tranquilizarla—. Además seguro que incluso le gustará que seas un poco inexperta. Eso hará subir varios puntos su orgullo de macho alfa. Pensar que él ha sido, si no el primero, uno de los pocos que te han tenido entre sus brazos dándote placer...

Puede que su amiga tuviera razón. Pero Aitana no estaba segura de ello. Se mordió el labio inferior nerviosa antes de confesarle a Violeta todas las mentiras que le había contado a Marc.

—El problema no es ese —comenzó a decirle—. Bueno sí que es ese. Pero es que hay algo más. —Se quedó un momento en silencio mientras Violeta la miraba expectante—. Le dije a Marc que me había acostado con diez o doce tíos en Alemania.

Violeta la miró boquiabierta y con los ojos como platos.

—¿Qué? —consiguió decir pasados unos segundos—. ¿Por qué hiciste eso? —La miró como si Aitana se hubiese vuelto loca de remate.

Aitana se encogió de hombros y sacudió la cabeza negando.

—Eh... Ah... No sé... Pensé... —dudó mientras ponía sus ideas en orden moviendo las manos nerviosa—. Como él tiene tanta experiencia... Yo no quería quedar como una mosquita muerta... —Se llevó las manos a la boca casi tapándosela—. Así que me las di de mujer liberal y experimentada.

—Joder, nena. Lo tuyo es de juzgado de guardia. —Violeta no daba crédito a lo que oía—. En menudo marrón te has metido. ¿Qué piensas hacer esta noche cuando Marc descubra que eres casi virgen?

Oyeron un silbido y se giraron hacia los chicos que desde el coche las

apremiaban con un gesto de la mano a que llegasen hasta allí para poder marcharse.

—No digas que soy casi virgen. No es cierto. —Aitana regañó a su amiga en voz baja mientras caminaban hacia el vehículo.

—¿Ah, no? —replicó Violeta—. ¿Y cómo llamarías tú a alguien que únicamente lo ha hecho dos veces en su vida? Joder, Aitana. Ya te puedes inventar algo bueno esta noche cuando Marc se dé cuenta de que estás a medio usar y que le has mentado en cuanto a tu experiencia sexual.

Capítulo 7

—Vaya cara que traes —le dijo Pau a Marc cuando le vio el domingo a mediodía para tomar el vermut en el bar donde quedaban siempre.

Marc se dejó caer en la silla al lado de su amigo y le miró enfurruñado.

—¿Me vas a contar qué te pasa o tengo que usar mis dotes adivinatorias para descubrirlo? —preguntó Pau intrigado. Normalmente Marc estaba de buen humor, feliz y alegre. Así que si ese día venía con cara de querer asesinar a alguien algo gordo debía haberle sucedido.

El camarero se acercó a tomarles nota. Dos minutos después los chicos estaban solos de nuevo.

—Anoche quedé con una tía. —Marc recordó lo nervioso que había estado ante la perspectiva de tener a Aitana en su cama toda la noche. Nervioso y excitado. ¡Joder! ¡Si parecía un quinceañero en su primera cita!

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿No fue bien la cosa? —preguntó Pau al ver que se quedaba en silencio sumido en sus pensamientos.

—No apareció —masculló Marc apretando los dientes furioso.

Pau abrió tanto la boca por la sorpresa que casi se le encaja la mandíbula. Varios segundos después comenzó a reírse a carcajadas.

—¿Te parece gracioso, gilipollas? —le soltó Marc cada vez más enfadado. Bastante tenía con que Aitana le hubiese dado plantón para que encima su mejor amigo se cachondease a su costa.

—Lo siento —se disculpó Pau sin parar de reír—. Es que... Joder, esa tía es mi heroína. ¿Quién es?

El camarero regresó a la mesa con las cervezas y los platos para picar que habían pedido. Cuando lo hubo dejado todo ante los dos amigos se marchó de nuevo.

—¿Para qué quieres saber quién es? —preguntó Marc de malos modos.

Pau cogió su bebida y dio un trago largo y refrescante.

—Para hacerle un altar y rendirle culto —comenzó a reírse otra vez—. Es la primera mujer que te da plantón. La única que se ha resistido a ti. —Le miró y dejó de sonreír al ver la furia en los ojos de Marc—. ¿Por qué te cabreas tanto? Hay un montón de chicas deseando echar un polvo contigo. Que una te haya fallado no significa nada. —Cogió un poco de ensaladilla rusa con el tenedor y se la metió en la boca—. Haber llamado a otra. Tienes mucho donde elegir —añadió mientras masticaba.

«Si supieras quién es no te resultaría tan gracioso.», pensó Marc bebiendo un trago de su caña.

—No quiero llamar a otra —contestó dejando la cerveza en la mesa—. La quiero a ella. —Y bajando un poco la voz para que nadie más le oyera, se acercó a Pau y le dijo—. No te haces una idea de lo mucho que me duele la mano de sacudírmela pensando en esa tía. —Pau le miró intentando ahogar otra carcajada—. Llevo días masturbándome mientras me la imagino en mi cama desnuda y expuesta para mí. Y ya estoy harto. Necesito follármela.

Pau no pudo aguantar más y terminó riéndose a mandíbula batiente. La desesperación que había en las palabras y la cara de Marc era algo totalmente nuevo y a él le resultaba muy divertido.

—Joder, Pau —soltó Marc más enfadado que antes—. Deja de reírte o te borro esa maldita sonrisa de la cara a golpes. No te cuento esto para que te burles de mí.

—Perdona, es que... —Pau levantó las manos en señal de paz—. Nunca pensé que te vería así por una tía. Tan desesperado.

Marc abrió la boca para replicar pero la cerró de nuevo porque ¿qué iba a decir? Su amigo tenía razón. Estaba desesperado por tener a Aitana en su cama. Y lo que era peor. Algo le decía que si la probaba una vez querría más. Nunca había deseado tanto saciarse con el cuerpo de una mujer. Nunca se había sentido tan hambriento de sus caricias y sus besos. Tan ansioso por escuchar de nuevo los eróticos gemidos de placer y los suspiros que salían de la boca de Aitana cuando la besaba o la tocaba.

—Me la tienes que presentar, en serio, Marc —dijo Pau sacándolo de sus pensamientos—. Quiero conocerla. Quiero saber quién es la mujer que te tiene tan... —Dejó la frase en el aire porque no encontraba la palabra exacta. ¿Enamorado? Esa era una de las que le rondaban la cabeza pero no podía ser. Marc no era de los que se enamoran. Sin embargo verle así, en ese estado de ansiedad y desasosiego, hizo que en el cerebro de Pau resaltase esa palabra de entre todas las demás. ¿O sería que como él se estaba enamorando de Violeta veía el amor en cada rincón dónde mirase?

—Tan, ¿qué? —preguntó Marc al ver que Pau no acababa de decir lo que tenía en mente.

—Si te lo digo te vas a enfadar más todavía —le advirtió Pau.

Marc le hizo un gesto con la mano para que continuase hablando mientras con la otra mano cogió su caña y se la llevó a la boca para beber. Pau se lanzó a la piscina sabiendo que la palabra que iba a salir de sus labios no le iba a gustar nada a su amigo.

—Enamorado.

Marc escupió la cerveza que tenía en la boca al escucharle, manchando parte de la mesa y de sus pantalones.

—¿Estás loco? —Miró a Pau como si le hubiesen salido dos cabezas—. ¿Enamorado yo? ¿Pero tú qué te has fumao?

—No te alteres, Marc —contestó Pau mirándose los pantalones y la camiseta. Por suerte no le había salpicado ni una sola gota de la metralla que había salido de la boca de Marc—. He pensado que quizá podrías estarlo. Alguna vez tenía que pasarte.

Marc negó con la cabeza repetidamente mientras se limpiaba con una servilleta los vaqueros y después cogió otra para hacer lo mismo con la mesa.

—No. Lo que pasa —comenzó a explicarle a Pau—, es que ha herido mi ego masculino. Creo que está jugando conmigo. Que trata de reírse de mí. Me pone el caramelo en la boca y luego me lo quita. Y eso no me gusta nada —dijo apretando los dientes por la rabia que le daba el plantón de Aitana.

—Si es buena jugando contigo debe tener mucha experiencia entonces.

—Eso tampoco me gusta nada —soltó Marc terminando de limpiar la mesa—. Preferiría que fuese más... inexperta. Y no es porque use sus amplios conocimientos para volverme loco. —Levantó la vista y miró a su amigo que continuaba comiendo de la ensaladilla rusa—. Es que cuando me la imagino con otros... —Apretó el puño donde tenía el trozo de papel con el que había adecentado aquello hasta que los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo. Emitió un resoplido indignado y movió la cabeza a ambos lados negando.

—¿Y desde cuándo te importa a ti la experiencia que tenga una mujer? —preguntó Pau confirmando mentalmente su teoría de que Marc estaba enamorado de esa chica. Su amigo sentía celos de los hombres que habían pasado por la cama de la joven y ese sentimiento solo se tenía si la persona en cuestión te importaba de verdad—. Siempre te ha dado igual si se han acostado con cuatro o con cuarenta. ¿Por qué ahora es diferente? —Pau quería que Marc recapacitara sobre ello para que se diera cuenta de que por primera vez en su vida se había enamorado de alguien.

—No lo sé —dijo encogiéndose de hombros.

Continuaron comiendo y bebiendo unos minutos más en silencio. Cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando terminaron el vermut pagaron al camarero y salieron al exterior del bar echando de menos inmediatamente el frescor del aire acondicionado del local. Estaban a mitad de julio y en Alcoy hacía un calor de mil demonios a las dos de la tarde.

—Lo que te he dicho antes —comenzó a hablar Pau rompiendo el silencio mientras caminaban hacia su coche, recién salido del taller, aparcado más cerca que el de Marc—, va en serio. Creo que estás enamorado de esa mujer.

—Que no, pesado —resopló Marc cansado por la insistencia de Pau.

—Vamos a ver —dijo poniéndole una mano en el hombro a Marc para detenerle—. Háblame de ella.

—¿Para qué?

—Porque según lo que me cuentes sabré si el amor ha llamado a tu puerta o no.

Marc puso los ojos en blanco y resopló. ¿En serio iba a hablar con otro tío sobre sus sentimientos? Menos mal que era su mejor amigo y confiaba en él ciegamente que si no...

—Vale —contestó al final—. A ver. —Se aclaró la garganta antes de hablar y poniendo los brazos a ambos lados de su cuerpo apoyando las manos en las caderas, miró a su amigo y empezó su relato—. Veinticuatro años. Metro setenta, morena, pelo largo y ojos marrones. Es delgada pero con curvas en todos los sitios donde una mujer debe tenerlas para ser tremendamente sexy y atractiva. —Su voz se fue animando a medida que describía a Aitana y una sonrisa comenzó a nacer en su cara—. Es muy inteligente y divertida. Me gusta estar con ella y hablar de cualquier cosa. El día de mi cumpleaños bajé a Alicante solo para verla. Necesitaba estar con Ai... —Se detuvo antes de soltar su nombre. No quería desvelarle a Pau que su hermanita pequeña era el objeto de sus fantasías más prohibidas— ...con ella. No me importaba nada más. Solo quería estar con ella ese día. Y lo pasé muy bien. A pesar de todo —dijo recordando el enfado que tuvo cuando tocaron el tema de los alemanes—. Fue mi pequeño regalo de cumpleaños.

—¿Bajaste a Alicante a propósito para ver a una mujer? —preguntó Pau dándose cuenta de que Marc estaba más colgado por esa chica de lo que había supuesto.

Echaron a andar de nuevo hacia los coches mientras Marc continuaba hablando.

—Tenía que visitar a unos clientes allí. Podía haber mandado a cualquier otro comercial de la empresa pero convencí a mi padre de que debía ir yo —le explicó Marc—. Fue una excusa. Aunque si me hubiera dicho que no, se me habría ocurrido otra cosa para escaquearme del curro y poder ir. Me pasé toda la mañana buscando la empresa donde trabaja ella hasta que la

encontré —siguió contándole—. Comimos juntos en el puerto y luego la dejé de nuevo en la oficina. —Hizo otra pausa y añadió con mirada soñadora—. Cuando se ríe los ojos le brillan con fuerza y su piel es suave como la seda. Huele de maravilla. Y besa... —suspiró al recordar la sensual boca de Aitana pegada a la suya y sus lenguas bailando juntas—. Sus labios son dulces como el algodón de azúcar y...

—Para ya, Marc, que te estás poniendo empalagoso —sonrió Pau contento. Su amigo era un enamorado de manual. Aunque no quisiera reconocerlo.

Marc le miró cómo si no recordase que estaba en mitad de la calle bajo un sol infernal confesándole sus sentimientos.

—¿Por qué me miras con esa cara de tonto? —preguntó Marc a Pau.

—¿Yo tengo cara de tonto? —Se rió Pau—. Pues deberías verte la tuya hablando de esa chica. —Llegaron al coche y Pau le puso otra vez una mano en el hombro—. Marc, estás enamorado de esa mujer —dijo mirándolo muy serio.

Capítulo 8

«Cobarde», leyó Aitana en la pantalla de su móvil.

«Mira quién fue a hablar. La que se ha pasado años evitando a mi hermano.», contestó al mensaje de Violeta.

«Sí, pero lo mío era por vergüenza. No por haberle dicho mentiras como catedrales de grandes.», contestó su amiga.

«Tienes toda la razón. Soy una cobarde y una mentirosa. Pero me sigues queriendo, ¿verdad, futura cuñada? :-)) :-))» Aitana terminó de poner los emoticonos sonrientes y dio a Enviar.

«¡Claro que sí, tonta! ¿Quedamos esta tarde y te cuento la cita con Pau?»

Aitana sonrió mientras escribía el siguiente mensaje.

«Me muero de ganas por saber qué tal fue todo. ¿No me puedes dar un adelanto?»

«Todo bien. Pero mejor te lo explico cuando te vea. Ahora me tengo que ir a comer.», contestó Violeta.

«O.K. Pero dime solo una cosa. ¿Hubo sexo?»

«No. :-(:(Pero espero que hoy sí. Jajaja... He quedado con Pau a las ocho y media en mi casa. Mis padres se van de viaje después de comer. ¡¡¡Tengo toda la casa para mí sola dos semanas!!!» Aitana sonrió feliz por su amiga al leer el mensaje.

«¿Nos vemos a las siete en la heladería que hay frente a tu casa?», escribió Aitana.

«O.K.»

Y así fue como aquel domingo de julio las dos amigas se encontraron tomando un helado. De limón para Aitana, su preferido. De mora y fresa para Violeta. Su amiga le contó la noche que había pasado con Pau. La cena fue maravillosa. Pau se mostró en todo momento atento, amable, cariñoso.... A

Violeta se le caía la baba hablándole a Aitana de su hermano. No hubo sexo como ya le había indicado en sus mensajes. Pero sí una buena ración de besos y tocamientos. Violeta no era de las que se acostaban con un hombre en la primera cita, ni en la quinta, pero había esperado tantos años para tener su oportunidad con Pau que no pensaba desaprovecharla ahora. Por eso había planeado una cita picante en su casa con el protagonista de sus sueños más húmedos.

Hablaron tanto que el tiempo se les pasó volando, como les ocurría siempre que estaban juntas.

—Vaya, vaya, mira a quien tenemos aquí. —Oyeron la voz de Pau a su lado—. Pero si es la flor más bonita del jardín —dijo comiéndose con los ojos a Violeta. Se inclinó hacia ella, que había levantado la cara para mirarle y le sonreía, y le dio un pequeño beso en los labios—. Hola, preciosa. Te he echado de menos.

Miles de mariposas revolotearon en el estómago de Violeta ante aquella muestra de cariño en público.

Aitana les miraba alucinada por ver así a su hermano. Enamorado. Toda una novedad para ella.

—Hola, chicas.

Aitana se tensó al oír la voz de Marc a su espalda. Se giró y se encontró con los ojos de él que la miraban furiosos. Pau cogió una silla de otra mesa de la terraza de la heladería y se sentó junto a Violeta mientras le pasaba un brazo por los hombros a ella. La atrajo hacia él y la besó de nuevo.

Marc estaba tan guapo como siempre. Con unos vaqueros azules y un polo rosa que resaltaba el bronceado de su piel haciendo que Aitana sintiese la necesidad de tocarle y besarle. Se removió inquieta en la silla y tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta.

—Hola... Marc —murmuró volviéndose a girar hacia delante y agachando la cabeza para concentrarse en la tarrina de helado que tenía en la mesa. Notaba la mirada de Marc clavada en su nuca y su pulso se disparó

hasta límites insospechados. De repente comenzó a sentir muchísimo calor. Le sudaban las manos por lo nerviosa que estaba y el aire comenzó a faltarle. Necesitaba huir. Escapar de aquellos ojos enfadados que no dejaban de observarla.

Aitana se levantó casi de un salto y contemplando a Pau y Violeta con las manos entrelazadas en el regazo de su amiga buscó una excusa creíble para largarse de allí lo más rápido que sus piernas le permitiesen. Miró el reloj y comprobó que ya era la hora en la que la nueva pareja había quedado para verse. Perfecto. Así no tenía que mentir.

—Bueno yo me marcho ya. —Cogió el bolso azul que tenía colgado en la silla y se lo puso en el hombro—. Que lo paséis bien, tortolitos. —Les dirigió una sonrisa burlona.

Cuando se dio la vuelta se chocó con el fuerte pecho de Marc. Trastabilló y a punto estuvo de caerse de culo si no llega a ser porque él la agarró de los dos brazos. Al sentir las manos de Marc tocando su piel una descarga eléctrica la sacudió entera haciendo que sus pezones se endureciesen y su tanga se empapase con los fluidos de su sexo excitado.

—¿Ya te vas? ¿Tan pronto? —preguntó él recorriendo el cuerpo de Aitana con sus ojos codiciosos. Vestida con unos shorts blancos y un top palabra de honor azulón estaba increíblemente sexy y atractiva.

—S... Sí. Ellos habían quedado y... —contestó con la respiración entrecortada—, no me gusta hacer de sujetavelas. —Las manos de Marc en torno a sus brazos quemaban la piel de Aitana. Necesitaba alejarse de él porque ese hombre hacía que perdiese la capacidad de razonar con solo tocarla. Así que movió los brazos para conseguir que Marc la soltase y poner tierra de por medio huyendo a su casa como una cobarde. Presentía que Marc estaba enfadado por el plantón de la noche anterior. Pero también notaba por la forma en que él acariciaba su cuerpo con la mirada, que estaba dispuesto a cumplir sus planes nocturnos truncados por su culpa.

—A mí tampoco así que te acompaño —dijo Marc sonriéndole como un

depredador a punto de saltar sobre su presa. Miró por encima del hombro de Aitana hacia donde Pau y Violeta continuaban sentados hablando entre ellos —. Oye, Pau. ¿Quieres que acompañe a tu hermana a vuestra casa? — preguntó sabiendo que su amigo no le iba a prestar la debida atención embelesado como estaba con su recién estrenada novia.

—Bien, bien. —Pau hizo un gesto con la mano para despedirse sin escuchar realmente lo que Marc le había dicho, centrado por completo en lo que Violeta le contaba en ese momento.

—No hace falta que me acompañes a casa —dijo Aitana entre dientes echando a andar al lado de Marc que no la soltaba del brazo por miedo a que ella volviera a escaparse y se quedara sin cumplir otra vez todo lo que había planeado hacerle en su cama—. Sé ir yo solita.

Marc la miró de reojo y sonrió.

—Eres una ratita de biblioteca muy lista. —Deslizó el brazo en torno a su cintura y la estrechó más contra su cuerpo—, y yo soy el gato que te va a cazar.

—Si mi hermano se entera de lo que pretendes conmigo —replicó Aitana mientras se acercaban al Golf nuevo de Marc en un intento por hacerle recapacitar y que la dejase libre—, te odiará toda su vida. No creo que le guste saber que su mejor amigo trata de seducir a su hermana pequeña para luego darle una patada en el culo e irse a buscar a la siguiente de la lista.

—¿Crees que a tu hermano le gustará saber lo que has estado haciendo en Alemania?

—¿Me estás chantajeando? —preguntó ella boquiabierta.

Llegaron al coche y Marc le abrió la puerta caballerosamente a Aitana para que subiera. Ella se quedó quieta mirándole enfadada hasta que él la amenazó con meterla dentro a la fuerza si no subía por su propio pie. Con un resoplido indignado Aitana se montó en el vehículo.

—¿Te esperan tus padres en casa? —preguntó él cuando se subió al coche.

—No —contestó Aitana enfurruñada sin mirarle—. Se han ido a cenar a casa de unos amigos en Cocentaina.

—Bien —sonrió Marc con la euforia recorriendo sus venas por tener la posibilidad de que Aitana se redimiese con él tras su plantón nocturno.

Maniobró para salir del aparcamiento y se dirigió hacia el único lugar donde quería estar con ella en esos momentos. En su casa y en su cama.

—¿A dónde vamos? —preguntó sorprendida Aitana al ver la dirección que habían tomado—. ¡Mi casa está en el otro sentido! ¡Da la vuelta! —le exigió nerviosa.

Pero Marc la ignoró.

—Por favor, Marc —suplicó ella con voz suave—. Sé que estás enfadado porque no fui anoche a tu piso pero es que... —Pensó una excusa rápida y creíble pero no se le ocurrió ninguna.

—No te preocupes, preciosa. Conozco mil maneras de hacer que mi enfado se evapore. —Llegaron a un semáforo en rojo y Marc detuvo el coche. Se giró para mirarla con lascivia y añadió—. Y tú vas a participar en todas y cada una de ellas.

A Aitana se le erizó el vello de todo el cuerpo al escucharle. Su corazón bombeó alocado y la sangre corrió por sus venas excitada. Notó cómo su tanga se humedecía cada vez más y un delicioso calor se apoderó de todo su cuerpo. Cientos de imágenes eróticas con Marc de protagonista bombardearon su mente haciendo que el irresistible deseo que sentía por ese hombre se descontrolase.

—¿Qué me vas a hacer? —susurró con voz temblorosa por el anhelo que sentía.

Pero Marc no contestó.

Capítulo 9

Cuando llegaron a casa de Marc, él abrió el portal rápidamente y le dio un pequeño azote en el trasero para obligarla a entrar. Aitana le miró enfurruñada por encima del hombro y comprobó cómo Marc se la comía con los ojos.

Marc caminó detrás de ella con la boca haciéndosele agua contemplando las largas y estilizadas piernas de Aitana que terminaban en un culo absolutamente perfecto. La tela de los vaqueros de Marc se tensó a la altura de la entrepierna y sonrió contento. Dentro de poco podría liberarse y lo haría con esa mujer que tan loco le tenía.

Se colocó tras ella mientras esperaban el ascensor y la abrazó por la cintura. Aitana sintió todo el calor que emanaba del cuerpo de Marc haciendo arder el suyo y se derritió contra él cuando Marc le apartó a un lado el pelo recogido en una coleta y puso sus labios sobre su nuca. Él sacó la lengua y lamió desde la base del cuello hasta el lóbulo de la oreja de Aitana saboreando despacio su piel suave. El olor a coco de ella se le metía por las fosas nasales hasta llegar al cerebro y noquearle.

—Marc... —gimió ella sintiendo la erección de él contra su trasero.

—Shhh. No hables. No digas nada. Confía en mí, preciosa —murmuró con los labios pegados a la yugular de Aitana notando el pulso acelerado de ella.

El ascensor llegó y Marc deshizo el abrazo para cogerla de la mano y tirar de ella para meterse dentro. Apretó el botón de su piso mientras Aitana se situaba en la esquina más alejada de aquel pequeño habitáculo. Marc se giró hacia ella y la contempló un instante. Tras la conversación mantenida con Pau ese mediodía había estado dándole muchas vueltas a la idea del amor. ¿Tendría razón Pau? ¿Estaría enamorándose de Aitana? Estaba muy confuso. Quería comprobar si tras acostarse con Aitana conseguía sacarla de

su cabeza y pasar a otra mujer. Si ocurría eso significaría que Pau estaba equivocado en cuanto a los sentimientos de Marc. Pero si no sucedía eso... Un escalofrío le recorrió entero y le atenazó el corazón. No quería ni pensarlo.

—Marc, creo que es mejor que lo dejemos para otro momento. —Sonrió Aitana nerviosa—. Estás enfadado y...

No pudo continuar. Marc se acercó a ella con rapidez y cogiéndole la cara con las manos se apoderó de la boca de Aitana con un beso lento y profundo que hizo que las piernas de ella se convirtiesen en gelatina. Un gemido de placer salió de su garganta pero murió en la boca de Marc. Aitana sentía todo el calor de las palmas de las manos de él en sus mejillas y su gran miembro endurecido contra su vientre.

—Lo que estoy es loco por ti, preciosa —murmuró él contra la boca de Aitana sin pensar lo que decía.

«Dios mío, esto va en serio.», pensó ella. «¿Qué voy a hacer cuando se dé cuenta de que apenas tengo experiencia en el sexo? Si le digo que le mentí se cabreará más conmigo. O puede que se ría de mí por ser tan pava.»

Marc se despegó, gruñendo insatisfecho, de los adictivos labios de Aitana cuando el ascensor se detuvo en su piso.

—Hemos llegado, preciosa. —Le dedicó una sonrisa lobuna—. Bienvenida a mi casa. —La agarró de una mano y tiró de ella adentrándose en el piso.

En cuanto Marc cerró la puerta aprisionó contra ella el cuerpo de Aitana y la energía sexual que había estado controlando hasta entonces se desbordó. Enmarcó la bonita cara de ella con las manos y se inclinó para besar la tentadora boca de Aitana. Recorrió con su lengua el labio inferior, después el superior y luego la metió dentro para buscar a su compañera. Ella soltó un suave gruñido de placer y ese sonido fue como un latigazo que recorrió a Marc de arriba a abajo alojándose en sus testículos y su pene duro como el acero.

Descendió con sus manos por la delicada garganta de Aitana y el valle de sus pechos. Cuando Marc las posó sobre aquellos turgentes senos la lujuria se apoderó de él con tal fuerza que a punto estuvo de hacerle caer de rodillas. De un rápido tirón le bajó a Aitana el top palabra de honor que cubría lo que tanto deseaba ver Marc, quedando la prenda enrollada en la cintura de ella.

Aitana jadeó por la rudeza con la que él se lo había quitado pero ese gemido quedó ahogado por los besos ardientes de Marc. Su corazón comenzó a latir más rápidamente en una mezcla de ansiedad y deseo incontrolable. Estaba convencida de que él oía sus acelerados latidos y eso le excitaba más.

Deseaba a Marc como nunca había deseado nada. Pero su inexperiencia y las mentiras que le había contado pesaban más que las olas de placer que le recorrían mientras él la besaba y la acariciaba los senos por encima del sujetador. Tenía que pensar un plan para que Marc no descubriera que le había engañado. Y tuvo la inmensa suerte de que se le ocurrió uno en décimas de segundos.

—Esto me sobra —susurró él desabrochándole el sujetador sin tirantes y tirándolo al suelo. Se separó de ella y contempló embobado esa parte de su anatomía—. ¡Joder! Me encantan tus tetas. Son preciosas —dijo mirándolas goloso. Se inclinó sobre el pecho derecho y atrapó el pezón con la boca.

Cuando Aitana sintió su caliente y húmeda lengua lamiendo la punta de su seno estuvo a punto de derretirse entre los brazos de Marc. Las neuronas de su cerebro comenzaron a fundirse pero hizo un esfuerzo por conservar la cordura y llevar a cabo la idea que se le había ocurrido para salir airoso de aquella situación.

—¿No es mejor que vayamos a la cama? —preguntó ella con la respiración entrecortada. Los lametazos y succiones de Marc en sus areolas la estaban poniendo cardíaca. Él cogió con los dientes el pezón endurecido y tiró de él suavemente antes de apartar su boca de aquel exquisito manjar. Ella soltó otro erótico gemido.

—Tienes razón. Vamos —contestó Marc cogiéndola del trasero y

alzándola para que enroscase sus muslos en las caderas de él.

Aitana se aferró al cuello de Marc y sus pezones rozaron el suave vello que cubría el torso del hombre que tanto anhelaba. Sintió unas deliciosas cosquillas en ellos y se mordió el labio inferior nerviosa y excitada.

La condujo por un largo pasillo pintado de color vainilla con varios cuadros en las paredes. Apenas se fijó en que en ellos se representaban algunos de los actos más importantes de las fiestas de Moros y Cristianos de Alcoy.

Llegaron al final del corredor y Marc abrió una puerta. Aún era de día y la luz se colaba por entre las cortinas medio abiertas a través de las que se veía el parque de Cervantes, la bonita remodelación del paseo bajo el puente del mismo nombre siguiendo el curso del pequeño riachuelo Serpis, casi seco, y buena parte de la ciudad.

—¡Vaya vistas más bonitas! —exclamó Aitana boquiabierta.

—Y que lo digas... —gimió Marc perdido entre las tetas de Aitana.

—Lo decía por las vistas que tienes de Cervantes y el centro de Alcoy. —Se rió todavía colgada de su cuello y con las piernas en torno a la cintura de él.

Marc se acercó a la cama y de un tirón quitó la colcha azul que la cubría. Apoyó una rodilla en el colchón y se inclinó para tumbar sobre su lecho a Aitana con cuidado, como si fuera de cristal y él temiese que se rompiera. Ella inspiró hondo al sentir las frías sábanas en contacto con su piel ardiente. Marc se sentó a horcajadas en las piernas de Aitana y, tras darle un apasionado beso, comenzó a desnudarla paseando sus manos posesivamente por el cuerpo de ella.

—Estamos en desigualdad de condiciones —dijo Aitana antes de que él se deshiciera del tanga de encaje blanco que ella llevaba. El resto de su ropa estaba desperdigada por el suelo de la habitación—. Tú aún estás vestido. Eso es trampa —le riñó sonriéndole con picardía.

Marc se quitó la ropa que llevaba en un abrir y cerrar de ojos. Cuando

estuvo solo con el bóxer negro se cernió sobre el cuerpo de aquella mujer por la que estaba ardiendo de deseo y comenzó a besarla y acariciarla estimulando todas sus terminaciones nerviosas hasta volverlas locas.

Aitana disfrutaba de los besos de Marc y sus manos quemando su piel por donde pasaban mientras se aferraba a los cortos y oscuros mechones de pelo de él para profundizar aquel beso húmedo y caliente. Pero tenía un plan y debía llevarlo a cabo costase lo que costase.

—Marc.... —gimió alejándose unos centímetros de su boca para tomar aliento—. ¿Sabes que es el bondage?

Él la miró perplejo. Pero luego esbozó una sonrisa lenta y descarada que hizo que la sangre en las venas de Aitana corriese más veloz.

—Así que eres de esas, ¿eh? —preguntó con la voz ronca por la excitación—. Te van ese tipo de juegos —afirmó pensando lo equivocado que había estado siempre con ella. Parecía una mosquita muerta. Un ratón de biblioteca como la llamaban todos. Y resulta que ni una cosa ni otra. Aitana era ardiente, sensual, apasionada. Y él iba a disfrutar de todo eso.

—Me gusta dominar en la cama —mintió Aitana—. Quiero atarte y hacerte de todo... —ronroneó como una gatita en celo—. Si te atreves, claro —le pinchó para conseguir su propósito.

Marc la dio un rápido beso en los labios y se levantó de la cama de un salto. Abrió el armario a su derecha y Aitana comprobó como toda la ropa estaba perfectamente ordenada. En la parte baja del armario había cuatro cajones. Marc abrió el segundo y sacó dos corbatas, una negra y otra de rayas blancas y azules, que usaba para ir a trabajar. Cuando se giró para volver a la cama con Aitana la erótica visión de su atractivo y sexy cuerpo desnudo a punto estuvo de hacerle caer de rodillas por el arrebató de lujuria que se apoderó de él. Aitana era insoportablemente hermosa. Y era toda suya.

—¡Perfectas! —exclamó ella sonriendo al ver las dos corbatas. Se levantó de la cama y se las quitó de las manos a Marc—. Túmbate boca arriba —le ordenó poniéndose muy seria, totalmente metida en su papel de

Ama del BDSM—. Levanta los brazos hasta que toques el cabecero.

«¡Qué suerte que sea de forja. Así le puedo atar.», pensó ella mientras veía cómo Marc se apresuraba a cumplir su orden con las pupilas tan dilatadas por la excitación y el morbo que casi se comían los castaños iris de sus ojos.

Pasó una corbata en torno a la muñeca derecha y luego hizo un nudo todo lo fuerte que pudo para unirle al enrejado cabecero. Repitió la operación con el otro brazo y cuando tuvo a Marc vulnerable ante ella se relamió los labios mientras recorría con sus ojos el cuerpo de ese hombre que era como un Dios del sexo para Aitana. Comprobó orgullosa la gran erección que tenía luchando por salir del encierro que suponía el bóxer y sonrió traviesa. Su ego femenino subió varios puntos. Estaba así por ella. Para ella.

Continuó recorriendo el cuerpo de Marc y cuando sus miradas se encontraron Aitana se estremeció bajo el poder de aquellos ojos encendidos por la pasión y el deseo. Los dedos le picaban por la necesidad de tocarle y los labios le hormigueaban por el anhelo de besarle. Pero tenía que continuar adelante con su plan. Ahora no podía echarse atrás. Aunque sí podía darse un pequeño capricho antes de...

—No te imaginas lo cachonda que me pone verte así —susurró subiéndose encima de su cuerpo y quedando con el trasero sobre las piernas de Marc—. He soñado contigo desde que tengo uso de razón. Siempre he querido que fueras mío —confesó y al instante se reprendió por ello. No quería que Marc supiera cuales eran sus verdaderos sentimientos. Siempre la había tratado con indiferencia y estaba segura de que tras pasar una noche con ella, todo volvería a ser como antes.

—Soy todo tuyo, preciosa. Puedes hacer conmigo lo que quieras. — Sonrió él rindiéndose por completo.

Aitana le besó en los labios, bajó por su barbilla hasta su pecho y cuando llegó a una de las tetillas la cogió con los dientes y tiró de ella. Marc arqueó la espalda por la mezcla de placer y dolor que Aitana le había hecho sentir.

Un pequeño gruñido de placer salió de la boca del hombre. Ella sacó la punta de su lengua y le lamió el pezón a Marc para aplacar aquella sensación. Continuó recorriendo el cuerpo vulnerable de él hasta que llegó al elástico del bóxer negro.

Marc jadeaba por las caricias sinuosas de esa húmeda lengua que le estaba volviendo completamente loco. Tiró de las corbatas al arquear la espalda y sintió cómo el nudo de una de ellas se deshacía un poco. Pero no le importó. Lo que sí le molestaba muchísimo era la impotencia que sentía por no poder tocar la suave piel de Aitana. Por no poder abrazarla. Por no poder besarla a no ser que ella se lo permitiera acercándose a su boca. Pero estaban jugando. Y ese juego le encantaba.

—Vamos a ver si estás bien dotado para darme placer —ronroneó Aitana metiendo la mano por dentro del bóxer. Al sentir la aterciopelada y caliente piel del pene de Marc contra su palma y sus dedos exclamó un «¡Joder!». Aquello era muy grande. Y estaba duro como el granito.

Miró a Marc boquiabierta y él le devolvió una sonrisa orgullosa con su ego masculino por las nubes.

—Entiendo que no te he decepcionado —dijo él al ver su reacción.

—Desde luego que no, machote. —Aitana sonrió una vez recuperada de la sorpresa inicial y comenzó a deslizar el calzoncillo por las fuertes piernas de Marc. Lo tiró a un lado, en la esquina más alejada de la habitación, y de nuevo tomó su miembro entre las manos acariciándolo lentamente.

—Sigue así y conseguirás que me corra en poco tiempo —le advirtió Marc. El morbo del momento y la expectación de lo que sucedería en los próximos minutos hacían que su cuerpo ardiera y se acercase cada vez más a su clímax.

Aitana continuó con su trabajo manual en el miembro viril de Marc. Le encantaba deslizar su mano arriba y abajo por todo el largo y grueso falo sintiendo en la palma de su mano las venas que lo recorrían hinchándose, próximas a la liberación del hombre. Cuando llegaba con el pulgar a la

corona rosada del pene de Marc, la rodeaba con la yema del dedo haciendo que Marc gimiera de placer.

—¿Qué me vas a hacer, preciosa? —preguntó él muerto de deseo—. ¿Vas a darme placer con tu boca? ¿O te vas a empalar en mí y a cabalgarme como la experta amazona que eres?

«¡Ja! Experta amazona.», pensó ella mientras continuaba trabajándole. Se inclinó sobre la boca de Marc y muy cerca de sus labios, susurró:

—Te voy a sorprender, tío bueno. —Le dio un rápido beso en la boca y de un salto se levantó de la cama. Comenzó a recoger su ropa desperdigada por toda la habitación mientras Marc la miraba confuso. Y cuando él vio cómo ella se vestía, lo comprendió todo.

—¿Te vas? ¿Por qué? —preguntó nervioso tirando de las corbatas que le mantenían sujeto al cabecero de la cama—. Aitana, desátame —pidió con el corazón latiendo desbocado. No sabía qué había hecho mal para que ella de repente quisiera marcharse. Pero no pensaba dejarla ir sin hablar primero con Aitana y aclarar lo que fuese—. ¡Maldita sea! ¡Aitana! —gritó al ver que ella le ignoraba terminando de vestirse—. ¡Desátame! ¡No te atrevas a dejarme así!

Aitana recorrió con sus ojos el perfecto cuerpo de aquel adonis y suspiró apesadumbrada. Estaba mal lo que iba a hacer. Pero necesitaba hacerlo. Si unía su cuerpo al de Marc como había pensado unos días antes, lo recordaría toda su vida y el anhelo y la necesidad de repetirlo no la dejarían vivir. Ante la indiferencia que Marc mostraría con ella a partir de ese encuentro sexual el corazón de Aitana se iría desintegrando poco a poco hasta que no le quedase nada. Y además, no podía consentir que él supiera que le había mentado. Que no era la mujer experta y liberal que le había hecho creer. Tenía que salir de aquella habitación y de aquella casa. Sí. Era lo mejor. Aunque al marcharse dejase allí todos sus sueños incumplidos. Así que sin decir nada y sin mirar atrás, salió del cuarto de Marc mientras se repetía una y otra vez que era una cobarde.

Marc continuaba forcejeando con las corbatas para conseguir desatarse. El pulso le latía furioso en las sienes y juró que atraparía a Aitana antes de que ella pusiera un pie en el ascensor. Tiró más fuerte de sus ataduras y oyó el sonido que hizo una de las telas al rasgarse. Con los dientes terminó de romper aquella corbata y cuando se vio libre de esa mano, se desató el nudo de la otra con rapidez.

Saltó de la cama y cogió los vaqueros que empezó a ponerse mientras corría por el pasillo de su casa tras ella. Escuchó la puerta del piso al cerrarse y maldijo. Aitana no se iba a salir con la suya. Juraba por lo más sagrado que él no lo consentiría.

Cuando agarró el pomo de la puerta y la abrió, vio cómo ella se metía en el ascensor y las puertas comenzaban a cerrarse.

—¡Aitana! ¡Vuelve! ¡Maldita sea! —vociferó sin importarle que los vecinos le oyeran. Descalzo y sin camiseta comenzó a bajar los siete pisos que había hasta el portal. Cuando llegó, Aitana ya estaba en la calle caminando deprisa para coger el autobús que se acercaba a la parada.

Marc se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo con rabia e impotencia. Se le había escapado por poco. Pero aquello no iba a quedar así. Ninguna mujer le había hecho nunca lo que Aitana. Calentarle para después largarse y dejarle con una dolorosa erección e insatisfecho.

Con el pulso acelerado y la respiración agitada se metió en el ascensor y subió de nuevo a su casa. Se sentía herido y humillado. Cogió el polo rosa que estaba arrugado en el suelo de su cuarto y se lo puso. Tras calzarse unas zapatillas de tenis, cogió las llaves del coche y salió de su piso dando un portazo enfadado.

Condujo como un loco por las calles de Alcoy hasta llegar a casa de Aitana. Se bajó de su Golf en el mismo momento en que la vio aparecer por la esquina en dirección a su portal.

—¡Aitana! —la llamó. Pero ella al verle echó a correr y se metió deprisa en su edificio cerrándole la puerta en las narices a Marc.

Mientras ella entraba en su casa pensaba en la locura que había hecho. Era una cobarde para ser sincera con el hombre que amaba desde hacía años pero no para dejarle atado y vulnerable en una cama. Se preguntó cómo se habría desatado él solo. Cuando llegó a la conclusión de que los nudos que había hecho a las corbatas no eran lo suficientemente fuertes y por eso él había logrado escapar, emitió un largo suspiro. No quería hacerle daño a Marc. Pero algo le decía que le había herido. Y mucho. La cara furiosa de él lo decía todo.

El timbre sonó varias veces sobresaltándola. Sabía que era Marc el que llamaba. Miró el reloj mientras intentaba calmar los acelerados latidos de su corazón y recuperar su respiración normal. Las once de la noche. Sus padres no tardarían mucho en venir de Cocentaina de la cena con sus amigos. Al día siguiente era lunes y todos tenían que trabajar. Rezó para que nadie supiera lo que ella había hecho.

El timbre volvió a sonar y Aitana lo desconectó. No quería saber que Marc continuaba abajo esperándola y cada vez que tocaba, se lo recordaba.

Capítulo 10

—¿Que se largó? ¿Cómo que se largó? ¿Así? ¿Sin más? —preguntó Pau a Marc el viernes por la noche mientras tomaban una cerveza en un pub del barrio de Santa Rosa, donde había varios locales similares para el disfrute de la juventud alcoyana.

—Como lo oyes —contestó él todavía enfadado por lo que Aitana le había hecho días antes. Estuvo hasta las doce menos cuarto en el portal de su casa quemando el timbre pero ella nunca respondió. Cuando Marc vio que los padres de la chica aparcaban el coche frente al edificio donde vivían, desistió y se marchó a su casa.

Había pensado acosarla con llamadas telefónicas. Pero no tenía su número y no podía pedírselo a Pau pues este sospecharía ya que Marc nunca se había interesado por Aitana. Nunca... hasta el día que se besaron en aquella habitación de hotel.

Durante toda la semana Marc intentó que su padre le enviase de nuevo a Alicante para visitar más clientes y así buscarla en su oficina. Pero no tuvo suerte. Probó a esperar a Aitana frente a su portal a la salida del trabajo pero, o bien porque él llegó tarde o porque ella apareció acompañada de varias personas y Marc no quería montar una escena en mitad de la calle, no pudo hablar con ella. Y por todo esto se encontraba como estaba ahora. Enfadado y desesperado. Sí. Desesperado porque llegara la hora en que Pau había quedado con Violeta. Sabía que Aitana aparecería con ella y entonces tendría su oportunidad de oro.

La carcajada de Pau le sacó de sus pensamientos.

—¡Tengo que conocerla! ¡En serio! Preséntamela, por favor —dijo su amigo dejando la cerveza encima de la barra del pub.

—No te cuento esto para que te burles de mí, capullo —gruñó Marc apoyando los codos en la barra y vigilando la puerta de entrada al local. Pau

le había dicho que Violeta y Aitana acudirían allí en torno a las once de la noche. Ya pasaban cinco minutos y el corazón de Marc iba a sufrir un infarto si ella no aparecía pronto—. Y no se te ocurra contárselo a nadie o te doy una paliza que te dejo medio muerto —le amenazó aunque sabía que no era necesario pues Pau nunca le había defraudado.

—¡Joder! ¡Es que es muy fuerte, tío! —exclamó Pau sonriendo y luego bajó la voz para que solo Marc le escuchase—. Que una tía te ate a la cama y luego se largue sin llegar hasta el final... ¡Uf! Yo tendría mi orgullo masculino por los suelos.

—Es lo malo de que tenga tanta experiencia —soltó Marc cabeceando. Cogió el botellín de cerveza que tenía en la barra y bebió un trago de él—. ¿Has visto el videoclip de Katy Perry, ese que está ambientado en el antiguo Egipto? —preguntó mirando a Pau.

—¿Ese en el que un montón de hombres le hacen regalos a ella que va vestida de Cleopatra? Dark Horse, creo que se llama —contestó su amigo frunciendo el ceño. No entendía a qué venía ahora ese cambio de tema—. Sí. Lo he visto. ¿Por qué?

Marc dio otro trago a la cerveza que aún tenía en la mano antes de contestarle.

—Estoy seguro de que ella es así —dijo volviéndose de nuevo a mirar impaciente la puerta de entrada al local—. Cuando tiene a un hombre en sus manos le hace polvo igual que Katy Perry en ese vídeo. A mí por lo menos me tiene completamente hecho polvo con sus juegucitos.

—Lo que te tiene es completamente enamorado, colega. —Se rió Pau.

—No me jodas, tío —gruñó Marc. Pero tuvo que reconocer que sí sentía algo por Aitana. Algo que había comenzado con aquel beso y que poco a poco se iba transformando en otra cosa más grande. Otra cosa que no había sentido nunca por nadie. Se acostaba pensando en Aitana. En sus besos, sus caricias, su cuerpo que le volvía loco y que aún no había probado. En su risa y lo bien que lo había pasado con ella simplemente hablando. Sus ojos

castaños, sus labios que pedían a gritos ser besados y el olor a coco de su piel... ¡Joder! ¡Pero si era olerla y ya se le ponía dura! Se levantaba por las mañanas después de haber soñado con ella. A cada minuto su mente volaba hacia Aitana preguntándose qué estaría haciendo en ese momento y si pensaría en él. ¿Estaría enamorado como afirmaba Pau? Tendría que descubrirlo.

Marc sacudió la cabeza y dio un nuevo trago a su cerveza sin quitar sus ojos de la puerta del pub.

Capítulo 11

—Por favor, por favor, Violeta... —suplicó Aitana antes de entrar al local donde su amiga iba a reunirse con Pau. Sabía que Marc también estaría allí y no quería enfrentarse a él después de lo que había pasado—. No me dejes sola.

—Eres una cobarde y una... una... —Violeta no encontraba la palabra adecuada—. Pero ¿cómo se te ocurre hacerle eso a Marc? Pobrecillo. Y encima tu hermano y yo tenemos que sufrir las consecuencias. —Se soltó del agarre de Aitana que la aferraba de un brazo para detenerla y que no entrase al pub—. Habla con él y cuéntaselo todo. Asume lo que has hecho y si luego él no quiere volver a saber de ti... —dijo apuntándola con un dedo acusador—, pues te jodes, bonita, porque lo que has hecho no tiene nombre.

Aitana se mordió el labio inferior nerviosa y sacudió la cabeza mirando al suelo. Cuando levantó de nuevo sus ojos avergonzados y se encontró con los de Violeta, esta hizo un gesto de fastidio y chasqueó la lengua.

—Anda, tonta... —Violeta sonrió acariciándole un brazo con la mano para tranquilizarla—. Cuando entremos vete directa al baño y me esperas allí. Le diré a Pau que me deje estar un rato contigo, las dos solas, porque queremos hablar de nuestras cosas.

—Gracias —dijo Aitana dándole un abrazo a Violeta.

En el interior del local Marc y Pau continuaban con su conversación.

—De verdad, Marc. Tienes que presentármela —le pidió Pau apoyado con un codo en la barra y la cerveza en la otra mano—. ¿Es de Alcoy o de Alicante? ¿O de algún pueblo cercano?

—Cuando te diga quién es vas a flipar —contestó Marc pensando que a su amigo no le iba a gustar nada saber que Aitana era su objeto del deseo. Pero tarde o temprano tendría que decírselo. Era su mejor amigo y no podía ocultarle eternamente que no se quitaba de la cabeza a su hermanita pequeña

por mucho que lo intentase. ¿Qué diablos le estaba pasando con ella? Los ojos oscuros de Marc no se apartaban de la puerta del pub. Aitana y Violeta llegaban diez minutos tarde y él estaba ansioso y desesperado por verla—. Pero todavía es pronto. Primero tengo que...

Aitana entró en el local seguida de su amiga y se quedó parada en las escaleras que bajaban a la pista de baile y la gran barra en el centro. Miró por todo el pub pero no vio a su hermano ni a Marc. Así que suspiró tranquila. Quizá ellos no habían llegado aún.

Cuando Marc vio a Aitana en lo alto de las escaleras, con su mini vestido de lentejuelas doradas, sin mangas y con el escote en V que realzaba sus firmes pechos se quedó boquiabierto y no pudo terminar lo que le estaba diciendo a Pau. Aitana estaba deslumbrante así vestida y a Marc le recordó a una diosa en su altar. El botellín de cerveza que él tenía en la mano fue a parar al suelo de tan embobado como se había quedado al verla. Su sangre se calentó a la velocidad del rayo y su miembro palpitó en el interior de sus pantalones.

—¡Pero, Marc! —exclamó Pau al ver el destrozo en el suelo. Levantó la vista y contempló cómo él miraba totalmente abducido y con la boca abierta hacia las escaleras—. ¿Qué coño...? —Pau siguió la mirada de su amigo y se encontró con que por fin las chicas habían llegado—. ¡Ah, mira! Ya ha llegado Violeta —soltó contento. Pero cuando sus ojos volvieron a la cara de su amigo frunció el ceño. ¿Por qué Marc se había quedado tan alucinado al ver aparecer a su novia y a Aitana?

—Ya les he visto —dijo Violeta al oído de Aitana—. Están en la esquina derecha de la barra. Y... —Se rió—. Marc ya te ha localizado. Mira qué cara de bobo tiene. Ni que hubiese visto a su actriz preferida.

Aitana miró en la dirección que su amiga le indicaba y sus ojos se encontraron con los de Marc. Sintió un repentino deseo de salir corriendo de allí pero lo reprimió al darse cuenta de cómo la miraba su amor platónico. Como si ella fuera la única mujer en el mundo. Supo que el posible enfado

que él tuviera se había esfumado al verla y se sintió orgullosa por haberse decidido por el modelito que llevaba puesto en lugar de unos vaqueros y una camiseta como había sido su primera intención.

—No hace falta que vayamos al baño, Violeta —le susurró a su amiga—. Creo que podré enfrentarme a él.

—Entonces ¿le vas a contar toda la verdad? —preguntó ella comenzando a bajar las escaleras.

—¿Estás loca? —Aitana se paró y la miró como si le hubieran salido dos cabezas—. Yo no he dicho eso. —Su amiga sacudió la cabeza negando e iba a decirle algo a Aitana pero ella se adelantó—. Lo que quiero decir es que voy a seguir jugando a la mujer experimentada que él cree que soy. Ya se cansará de mí cuando vea que no consigue llevarme a su terreno y me dejará... por otra —dijo con todo el dolor de su corazón ante esa posibilidad.

—Aitana... —comenzó a reñirle su amiga mientras continuaban descendiendo las escaleras—. Quien juega con fuego, acaba quemado. Recuérdalo.

Pau miraba a Marc y a su hermana alternativamente como si estuviera viendo un partido de tenis. ¿Qué demonios estaba pasando allí? Él sabía que Aitana llevaba toda su vida enamorada de Marc. Pero su amigo nunca se había fijado en ella. ¿Tan desesperado estaba por lo que esa otra mujer le hacía que ahora se planteaba seducir a Aitana y saciar así sus apetitos sexuales?

—Marc... —le llamó para captar su atención. Pero como él continuaba con sus ojos clavados en Aitana tuvo que interponerse entre ellos para que su amigo le mirase a él—. Ni se te ocurra —le advirtió muy serio—. Aitana es sagrada. ¿Me has oído? Aclara lo que tengas con esa chica de Alicante pero a mi hermana no la uses para olvidarte de ella.

Marc miró a su amigo todavía boquiabierto. Iba a responder cuando las chicas llegaron hasta ellos y Violeta se colgó del cuello de Pau para darle un tórrido beso.

—Hola, cielo.

—Hola, belleza —contestó Pau atontado por el beso de su recién estrenada novia.

Aitana se acercó a la barra y pidió una Coca-Cola al camarero. De reojo observó cómo el hombre de sus sueños se la comía con la mirada y la diosa que llevaba dentro dio palmas de alegría.

Marc caminó hacia ella como un puma a punto de abalanzarse sobre su presa. Deliberadamente lento, tanteando el terreno y exudando sensualidad por cada poro de su piel. El corazón de Aitana latió desbocado ante aquel provocativo acercamiento y su respiración se alteró. La poca calma que había tenido hasta entonces se esfumó por completo.

—Hola, preciosa —ronroneó él cuando estuvo a escasos centímetros de Aitana—. Estás deslumbrante esta noche. —La miró de arriba abajo desnudándola con ojos codiciosos—. Pareces una burbujita de champán. Tan dorada...

El camarero llegó para servirle a Aitana su bebida y esta dio un largo trago antes de volverse hacia Marc y contestarle. Primero debía recuperar parte de su cordura, pues la mirada de Marc había hecho que se derritiera como un helado puesto al sol.

—Veo que no estás enfadado conmigo por el juego de la otra noche —le sonrió traviesa—. Me alegro.

Marc ladeó la cabeza mientras la observaba y le dedicó una lenta y perezosa sonrisa a Aitana que hizo que el pulso de ella se acelerase aún más.

—Hasta hace poco estaba muy, muy enfadado —comenzó a hablar colocando su mano sobre el brazo de Aitana y deslizándolo lentamente por toda su largura haciendo que las terminaciones nerviosas de ella se alterasen excitadas—. Pero cuando te he visto entrar en el pub... —Se acercó más a ella y le susurró al oído—. No sé qué me pasa contigo que me vuelves loco. Soy incapaz de estar enfadado por muchas putadas que me hagas como la del otro día. —Agarró a Aitana de la cintura y la ciñó más a su cuerpo—. Pero te

pido que por favor no lo vuelvas a hacer. Quiero que me aclares qué pasa entre nosotros. Si va a haber algo... —Acarició con su nariz el contorno de la oreja de Aitana y ella se estremeció ante aquel delicado roce—, bien y si no deja de jugar conmigo. No me gusta que hagas eso. Me duele.

Aitana tenía la respiración tan alterada que estaba a punto de hiperventilar. El cuerpo de Marc pegado al suyo le quemaba la piel de una manera enloquecedora y su cálido aliento sobre su oreja y su nuca la hacían perder la capacidad de razonar.

Pau les observaba desde la esquina de la barra enfurruñado. ¿Qué narices hacía Marc cogiendo a su hermana de esa manera? ¡Parecía como si quisiera meterse en el cuerpo de ella! Violeta, a su lado, se dio cuenta de lo que pasaba por la cabeza de su novio y cansada ya del juego de Aitana con Marc decidió intervenir.

—Hay algo que debes saber, Pau.

Le contó con todo detalle esos días en los que Aitana y Marc se habían estado viendo y cómo ella le había engatusado con sus triquiñuelas. Pau, primero alucinó al saber lo que su hermana había hecho. Después empezó a reírse a carcajadas porque el ratón de biblioteca que era Aitana tuviese un imaginación tan desbordante que había sido capaz de enamorar a todo un Don Juan como Marc en apenas quince días. Porque de algo estaba completamente seguro Pau y era de que su amigo se moría de amor por su hermanita pequeña.

—Tengo que contárselo a Marc —dijo él contemplando a la pareja al otro lado de la barra—. Tiene que saber la verdad. —Se giró hacia Violeta y la dio un pequeño beso en los labios—. Además, está enamorado de mi hermana y cuando lo sepa todo, hablará con ella y Aitana se dejará de juegucitos. —Sonrió feliz volviendo a mirar a la pareja—. Mi hermana y mi mejor amigo. ¡Qué guay!

Capítulo 12

—¿Qué... qué... te duele? —balbuceó Aitana con el corazón al borde del colapso. ¿Por qué le decía Marc aquello? Él estaba acostumbrado a jugar y seducir a las mujeres. Eso era algo habitual en su vida. ¿Cómo era posible que ahora le dijera que le dolía lo que ella estaba haciéndole? ¿Sería porque él aún no había conseguido lo que tanto deseaba? O sea, llevarse a Aitana a la cama.

—Así es, preciosa —respondió Marc y su aliento sobre la oreja de Aitana le hizo unas deliciosas cosquillas a ella—. No sé qué me pasa contigo —le repitió—, pero desde que nos besamos aquel día en el hotel no consigo sacarte de mi cabeza... —Hizo una pequeña pausa antes de añadir—, y necesito comprobar algo. Tengo que saber si es posible que yo... que me haya... —Marc estaba buscando la palabra adecuada para decirle a Aitana. Enamorado era la que había usado Pau y quizá esa fuera la acertada. Pero nunca lo había estado y no sabía si debía confesarle sus sentimientos a ella y que luego se diera cuenta de que estaba equivocado. Si le hacía daño a Aitana no se lo perdonaría en la vida.

—Que tú... —le animó ella a continuar al ver que se quedaba en silencio. Miró a Marc a los ojos buscando la respuesta que él no le daba y el brillo que vio en ellos la hizo suspirar. ¿Qué trataba de decirle? Ojalá fuera que la amaba. Pero Aitana sabía que no debía hacerse ilusiones al respecto. Marc no era así. Él no se enamoraba de las mujeres. Pasaba un buen rato con ellas y luego las olvidaba.

—Joder... —masculló él a escasos centímetros de su boca—. Me muero por besarte.

—Pues hazlo —le incitó ella con un tembloroso susurro de deseo.

—Siento interrumpiros, chicos. —Oyeron a Pau a su lado y los dos se separaron con un respingo.

Le miraron parpadeando confusos. Habían estado tan metidos en su burbuja particular que no se habían dado cuenta de que le tenían al lado.

Marc fue el primero en hablar.

—Yo... Pau... No... Esto no es...

—Tranquilo, colega —dijo Pau poniendo su mano sobre el hombro de Marc para calmar los nervios que este sentía por haberse visto pillado in fraganti con Aitana. Seguro que Marc pensaba que Pau se iba a enfadar mucho con él. Le sonrió antes de añadir—. Ven conmigo. Tenemos que hablar. —Y miró a su hermana arqueando una ceja.

Aitana bajó la mirada hasta el suelo avergonzada. ¿Qué pensaría su hermano de ella? Bueno, Pau sabía que estaba enamorada de Marc desde que era una niña pero nunca les había visto en una situación así, tan comprometida, con Marc estrechándola contra su cuerpo y a punto de besarla.

Violeta se acercó a ella mientras contemplaba cómo los chicos salían del pub.

—Se van a enfadar —gimió Aitana agarrándole el brazo a su amiga—. Pau nos ha pillado a punto de besarnos y seguro que ahora estará echándole la bronca a Marc por haberlo intentado. —Se mordió el labio inferior nerviosa—. ¡Ay, Violeta! ¡Yo no quiero que mi hermano y Marc se peleen!

Violeta le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Tranquila, mujer, que no es eso lo que Pau le tiene que contar a Marc. —Se quedó unos segundos pensando que a lo mejor la que se enfadaba era Aitana cuando descubriera que ella se había ido de la lengua y le había contado a Pau sus jueguitos con Marc.

Aitana la miró con una mezcla de confusión y alivio en los ojos. Y Violeta se armó de valor para confesarle a su amiga que le había dicho a Pau toda la verdad.

—¿Me estás diciendo que tu hermanita pequeña, ese ratón de biblioteca, me ha estado mintiendo todo el tiempo? —preguntó Marc a Pau una vez que este acabó de relatarle todo lo que Violeta le había contado.

Pau asintió con una sonrisa alegre en la cara. Marc cerró los ojos y suspiró. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes del engaño de Aitana? Él sabía que algo no cuadraba en todo aquello y ahora por fin había descubierto qué era. Ella se lo había inventado todo para no parecer torpe e inexperta.

Sacudió la cabeza a ambos lados y sonrió pensando en la imaginación desbordante que tenía Aitana. Con ella no se aburriría nunca. Estaba seguro. Y de lo que también estaba seguro al cien por cien era del sentimiento que tenía hacia ella y que hasta ese mismo momento no había logrado identificar. Estaba enamorado de ese ratón de biblioteca que tan loco le tenía con sus juegos.

—Bueno... ahora que lo sabes todo... ¿qué piensas hacer? —le preguntó Pau a su amigo.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Casi le gritó Aitana a Violeta cuando su amiga le confesó que había soltado toda la verdad sobre ella y Marc—. Era un secreto entre nosotras —dijo con el corazón en un puño. Ahora Marc ya no querría saber nada de ella nunca más.

—No te enfades, por favor —suplicó su amiga arrepentida—. Pensé que era lo mejor. Pau os miraba furioso y yo solo trataba de hacerle ver que tú te las apañas muy bien sola para torear a Marc. —La agarró de ambos brazos y continuó—. Además, ya te he dicho antes que este juego tenía que acabarse o de lo contrario la bola se iba a hacer más grande y te explotaría en la cara.

Aitana la miró enfadada.

—Claro que me ha explotado en la cara. ¡Por tu culpa! —la acusó.

—Perdóname —pidió Violeta avergonzada—. Es que... tarde o temprano Marc se daría cuenta de lo que le estabas haciendo y... hubiera sido peor, estoy segura.

—Ahora ya no querrá saber nada de mí —gimió Aitana con unas increíbles ganas de llorar de rabia e impotencia ante esa situación. El sueño y el juego se habían terminado—. Pensará que me he estado riendo de él. Y me

odiará toda la vida.

Miró a su amiga a los ojos buscando una solución. Pero no la encontró. Ella sabía que lo que había hecho con Marc estaba mal. Y ahora todo se había descubierto.

—Escucha —continuó hablándole Pau a Marc mientras le agarraba de un hombro sin perder su sonrisa—. Aitana es una romántica. Siempre lee esas novelas... ya sabes... deseando encontrar a su príncipe azul. Soñando despierta con que el protagonista sale de las páginas de esos libros y va a buscarla. No te ha mentado para hacerte daño, Marc, ni para reírse de ti —afirmó mirando a los ojos de su amigo—. Siempre ha estado enamorada de ti y seguro que lo último que ella quiere es herirte.

Marc, en silencio, asentía a las palabras que Pau le decía. Tras unos minutos pensativo, confesó:

—Yo también estoy enamorado de ella. No sé cómo ha pasado... pero... lo siento aquí —dijo tocándose el corazón—. Creo... Creo que lo mejor es que entre ahí y le diga que quiero que estemos juntos. Quiero que sea mi novia.

Capítulo 13

Marc entró de nuevo en el pub y recorrió con la mirada todo el local en busca de Aitana. La descubrió hablando con Violeta en el mismo lugar donde minutos antes la había dejado.

La canción Adrenalina de Wisin con Jennifer López y Ricky Martin comenzaba a sonar. Marc tarareó mentalmente la letra al llegar a la parte que decía «Es que tu cuerpo es pura adrenalina que por dentro me atrapa, me tiene al borde de la locura.» Así era como Aitana le tenía. Loco por ella.

Continuó bajando las escaleras del pub hasta la pista y se dirigió hacia donde su enamorada le esperaba. Tenía que aclarar las cosas con ella. No le había gustado nada saber que Aitana le había mentido y ahora era el momento de que ella diese la cara. Acabar de una vez por todas con aquel juego del gato y el ratón y poner las cartas sobre la mesa. Pero también tenía que confesarle que a pesar de todo no estaba enfadado. Y lo más importante. Se había enamorado de ella.

Tuvo ganas de reír a carcajadas por lo feliz que se sentía en ese momento. Pero reprimió la sonrisa que amenazaba con nacer en su cara. Primero quería hablar con Aitana sobre lo que había pasado entre ellos y luego confesarle sus sentimientos por ella. Se obligó a permanecer serio para no delatarse aunque estaba deseando llegar hasta ella y besarla hasta dejarla sin aliento.

Aitana le vio acercarse y se temió lo peor. Marc estaba muy serio y caminaba hacia ella con determinación. Su corazón comenzó a latir más veloz por el nerviosismo y las manos se le humedecieron. Aitana estaba completamente segura de que él estaba cabreado y que iba a pedirle explicaciones en cuanto estuviese a su lado.

Marc continuaba tarareando mentalmente la canción sin apartar la mirada de Aitana mientras pensaba en lo adecuada que era esa letra para él.

«Tú te apoderas de mis sentidos cuando me miras,
Cuando me tocas yo comienzo a temblar.
Un beso tuyo es como mi medicina,
Llévame al cielo a volar.....»

Aitana ya no pudo soportarlo más. El peligro en forma de hombre la acechaba y ella, como buena cobarde que era, decidió huir. Dio media vuelta y rodeó la barra por el otro lado para subir corriendo las escaleras del pub y salir a la calle, alejándose así de Marc que contempló su huida sorprendido. Aunque... ¿de qué se extrañaba? Desde que Aitana había comenzado su juego de seducción con él no habían sido precisamente pocas las veces en que ella había puesto tierra de por medio entre los dos. Ahora, al verse entre la espada y la pared, acorralada, lo había vuelto a hacer.

Capítulo 14

—Lo siento —le dijo Aitana a Violeta al día siguiente cuando esta la llamó por teléfono—. Me entró el pánico al ver su cara tan seria y...

—Ya... Ya... Huiste. Como siempre —suspiró Violeta con resignación. Aitana se sentó en la cama de su cuarto con el móvil pegado a la oreja.

—Intenta comprenderme, tía —le pidió a su amiga—. Esto se me ha ido de las manos y ahora...

Unos golpes en la puerta de su habitación cortaron la explicación de Aitana. Al mirar hacia allí se encontró con Pau abriendo poco a poco y asomando la cabeza por el resquicio.

—¿Puedo pasar? —preguntó él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy hablando con Violeta —respondió Aitana y a Pau se le iluminaron los ojos al oír el nombre de su novia.

Terminó de entrar en la habitación y se sentó en la cama junto a ella. Se acercó lo bastante al teléfono que Aitana mantenía pegado a su oreja y saludó con un «Hola, cariño» a su chica. Violeta correspondió con otro saludo afectuoso riéndose.

—Voy a ir a verla dentro de un rato —dijo Pau mirando a su hermana—. ¿Por qué no me acompañas?

Aitana lo pensó un momento mientras Violeta, al otro lado de la línea y habiendo escuchado a Pau, le pedía a su amiga que dijera que sí.

—No quiero molestar —replicó para los dos.

—Tú no molestas, tonta... —Oyó a Violeta por el teléfono al mismo tiempo que Pau le decía lo mismo.

—Podemos tomar algo y dar un paseo —insistió su hermano.

Aitana asintió de acuerdo. Se despidió de Violeta y cuando Pau salió de su habitación comenzó a cambiarse de ropa.

Marc estaba nervioso. Tenía un plan. Pero no estaba seguro de si al final

podría llevarlo a cabo dada la costumbre de Aitana de huir cuando las cosas se ponían difíciles con él. Respiró hondo para tranquilizarse. Ya lo había hablado con Pau y Violeta y ellos le ayudarían a que Aitana no escapase de nuevo. Debía ser positivo. Todo saldría bien.

Miró el reloj esperando que los minutos pasasen deprisa para ver a Aitana y sobre todo su reacción ante la sorpresa que tenía preparada para ella. Cuando desvió la vista y giró en torno a la habitación para comprobar que todo estaba como él quería, sonrió. Con lo romántica que era Aitana, aquello haría que se derritiera en sus brazos.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Aitana con miedo al encontrarse frente al portal de Marc. Contempló la calle casi desierta para ver si Marc aparecía por allí pero no lo hizo. Suspiró aliviada. Aunque... Sí habían ido hasta allí... ¿Sería porque Pau había quedado con Marc? Su corazón de nuevo se aceleró al pensar en esta posibilidad. Una gota de sudor le recorrió la nuca y las palmas de las manos se le humedecieron por el nerviosismo que la invadió.

—Creo que es hora de que seas valiente y des la cara —dijo Violeta—. Lo que le has hecho a Marc ha estado muy mal y él se merece una explicación.

Aitana abrió los ojos como platos al escuchar a su amiga. «Traidores», pensó al darse cuenta de las intenciones de Pau y Violeta. La habían traído engañada hasta la casa de él para que de una vez por todas se enfrentase a lo que había hecho.

—Tranquila, Aitana. —Pau la cogió de una mano por si intentaba huir de nuevo—. Marc no está enfadado contigo. Te lo aseguro. Pero es justo que te disculpes por lo que has hecho.

Aitana meditó sobre las opciones que tenía. Dar media vuelta y salir corriendo de nuevo era la que más le atraía. Pero ella también estaba cansada de jugar al gato y al ratón. Por una vez en su vida debía ser valiente y enfrentarse a los hechos. De acuerdo. Subiría a casa de Marc, le pediría

perdón y después saldría de allí con el corazón roto cuando Marc le dijera que no quería volver a verla en la vida por haberse reído de él.

Con un suspiro de resignación asintió mirando a su amiga y a su hermano.

—Está bien —murmuró—. Ya soy mayorcita para asumir las consecuencias de mis actos.

Dio media vuelta y entró en el portal aprovechando que salía una señora del mismo y lo dejaba abierto para que ella pasase.

Pau sacó su móvil y le mandó un mensaje a Marc indicándole que Aitana ya subía en el ascensor.

Capítulo 15

Marc sonrió al leer el mensaje de Pau. El gran momento se acercaba. Terminó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la puerta de la casa. En el mismo momento en que la abrió comprobó que Aitana salía del ascensor.

Ella se quedó paralizada unos segundos al verle y Marc temió que otra vez huyera.

—Ven... —dijo tendiéndole la mano—. Por favor... No te vayas. No estoy enfadado contigo. Te lo prometo.

Aitana sentía como si el corazón se le fuera a salir por la boca. La sangre corría veloz por sus venas, alterada, y se obligó a respirar hondo un par de veces para poder dar un paso adelante y agarrar la mano que Marc le tendía.

Cuando ella le cogió, Marc respiró aliviado y le sonrió dulcemente. Tiró de Aitana para introducirla en su casa y cerró la puerta tras ellos asegurándose de echar la llave. No quería correr riesgos.

Aitana miró a su alrededor y le extrañó ver la casa en penumbra. Las persianas estaban prácticamente bajadas en su totalidad y un tenue resplandor iluminaba el fondo del pasillo, donde estaba la habitación de Marc.

«Lo mejor es acabar con esto cuanto antes. Me he portado fatal con Marc y tengo que ser valiente. Asumir la responsabilidad de lo que he hecho. Así que vamos a ello.» se dijo a sí misma al tiempo que se giraba para mirar a Marc que tras ella se la comía con los ojos.

—Yo... —titubeó sin saber bien por dónde empezar a explicarle su comportamiento de esas semanas con él—. Creo que... debería... Hay algo que debes saber sobre mí... Yo no he sido sincera contigo y... —confesó aguantando su mirada con gran esfuerzo— ...Me lo he inventado todo. Lo de los alemanes... yo no...

Marc dio los dos pasos que le separaban de Aitana y le puso un dedo en los labios para hacerle callar.

—Lo sé —confesó clavando su mirada en la de ella—. Sé por qué lo hiciste y no quiero que me expliques nada. Comprendo que te asustaba mi fama de mujeriego y pensaste que deberías estar... a mi altura. —Dudó unos segundos pensando si esas eran las palabras adecuadas y cuando decidió que sí lo eran, continuó—. Y por eso te inventaste todo aquello sobre los alemanes. Tienes una imaginación tremenda, preciosa. —Sonrió haciendo que las piernas de Aitana se convirtieran en gelatina—. Pero ¿sabes qué? —La agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo. Ella sintió todo su calor y se derritió contra él como la mantequilla puesta al sol—. Me gusta que seas menos... experta. Ojalá yo también lo fuera pero... —No pudo terminar de decir lo que tenía preparado. Los labios de Aitana le tentaban de una manera escandalosa y necesitaba con urgencia sentirlos contra los suyos.

Así que se fundió en la boca de Aitana con un beso lento y profundo que a ella le hizo gemir de placer. Ni en sus mejores sueños Aitana habría esperado un recibimiento así después de lo que le había hecho a Marc. Pero todavía faltaba mucho por descubrir. Si esto le parecía bueno, iba a alucinar cuando viera lo que él le tenía preparado.

—Aun así quiero pedirte perdón —susurró ella contra la cálida boca de Marc.

—Estás perdonada —contestó él recorriendo con su lengua el labio inferior de ella y volviéndola a meter dentro para buscar a su pareja.

Aitana se agarró al cuello de Marc y cerró los ojos rindiéndose ante ese beso abrasador que se estaban dando. Cuando él rompió el contacto, ella gruñó insatisfecha.

—Tranquila. —Marc soltó una pequeña risa que fue como música para los oídos de Aitana—. Tenemos mucho tiempo. Y no quiero acabar antes de empezar. —Se quedó un momento contemplando el brillo de los ojos de Aitana y suspiró enamorado—. Ven. Tengo algo para ti.

La agarró de la mano y tiró de ella para andar por el pasillo en dirección a su cuarto. A medida que se acercaban, el corazón de Aitana latía más

deprisa. Sabía lo que ocurriría si traspasaba esa puerta.

—Marc... espera un momento... —Su voz sonó algo ronca por el nerviosismo. Él la miró por encima del hombro sin detenerse y ella añadió—. Yo... Yo... Solo he estado dos veces con un chico y... —Se mordió el labio avergonzada por su inexperiencia. Estaba segura de que Marc no podría disfrutar con ella debido a esto.

—Tranquila.

Él se detuvo al llegar a la puerta de la habitación y se giró para mirarla. Acarició la suave mejilla de Aitana con un lento movimiento de su mano.

—Me gusta que seas virgen —añadió.

—No soy virgen —farfulló ella avergonzada—. Acabo de decirte que lo he hecho dos veces con un chico y... y... no sé qué te habrán contado Violeta y Pau. —Bajó la vista al suelo maldiciendo a su hermano y su amiga. Se los iba a cargar cuando les viese—. Pero para mí eso no es ser virgen.

Marc puso un dedo bajo la barbilla de Aitana obligándola a levantar la vista y mirarle.

—Para mí es como si lo fueras. —Sonrió con cariño—, porque es la primera vez que lo vas a hacer conmigo. Y... —Ensanchó aún más su sonrisa sin dejar de mirar los castaños ojos de Aitana—, espero que no sea la última. Tengo que cumplir tus expectativas para que quieras continuar conmigo. De lo contrario... —Marc se pasó una mano por el pelo nervioso—, me moriría.

Aitana le miró sorprendida por sus palabras. ¿Era posible que Marc... se hubiera enamorado de ella? ¿Después de la manera en que le había engañado?

—Por eso —continuó hablando él—, te he preparado una cita digna de un cuento de hadas.

Puso la mano en la puerta entreabierta de la habitación y terminó de abrirla del todo para que Aitana viese el interior. Ella dio un paso adelante emocionada al observar todas las pequeñas velas encendidas repartidas por el cuarto, iluminándolo con su tenue luz. Dotándolo de un ambiente mágico

junto con los cientos de pétalos de rosas rojas y rosas esparcidos por el suelo y la cama.

Se llevó una mano al pecho para intentar calmar los acelerados latidos de su corazón al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas de felicidad. Aquello era un sueño. ¿Y Marc había preparado todo eso solo para ella? Abrió la boca para decir algo pero... las palabras se quedaron atascadas en su garganta por la emoción del momento.

—¿Te gusta? —preguntó él abrazándola por detrás y hundiendo la nariz en el pelo de Aitana. Aspiró el delicioso aroma a coco de la piel de ella antes de continuar hablando—. Espero haberlo hecho bien porque quería que nuestra primera vez juntos fuera algo muy romántico. Algo que no pudieras olvidar nunca.

Aitana pensó que aunque Marc no hubiera preparado así la habitación, nunca podría olvidar la primera vez que le entregaría su cuerpo a él. Había soñado con eso tantos años... Y ahora la realidad superaba a la ficción.

—Es... perfecto —murmuró emocionada girándose entre sus brazos para darle un beso en los labios.

Se desnudaron despacio mientras se perdían en los maravillosos besos que se daban. Marc la cogió en brazos como si Aitana fuera una novia recién casada y la tumbó con delicadeza sobre la cama cubierta de pétalos de rosa.

Aitana representaba una hermosa estampa con todo el pelo desparramado sobre la almohada y desnuda.

—Dios mío... —susurró Marc alejándose unos centímetros para contemplar a la belleza que le tenía tan enamorado. Recorrió con manos posesivas toda la piel de Aitana haciéndole arder de deseo y excitación—. Eres la mujer más sexy y atractiva que he visto en mi vida. ¿Dónde has estado escondida todo este tiempo, amor mío?

—Soy un ratón de biblioteca, ya lo sabes. He estado entre libros y más libros. Siempre estudiando y... Esperándote —dijo con un leve susurro mirándole a los ojos.

Marc negó con la cabeza.

—No eres ningún ratón de biblioteca. —Se tumbó sobre ella apoyándose en los codos para no aplastarla con su peso y pegó su frente a la de Aitana—. Eres una princesa. Y yo soy el príncipe que ha salido del cuento para ir a buscarte.

—Oh, Marc... —suspiró Aitana emocionada por las bonitas palabras de él.

Marc se apoderó de la boca de ella y la besó despacio deleitándose con su sabor.

—Estoy enamorado de ti, Aitana —confesó entre beso y beso con el poco aliento que le quedaba—. Creo que me enamoré aquel día en el hotel... Cuando me besaste... Sentí algo... Creo que fue una especie de flechazo pero he tardado un poco en darme cuenta. —Sonrió contra la boca de Aitana y ella emitió un tembloroso gemido de pasión—. Siento haberte hecho esperar tanto, preciosa mía. Pero te prometo que te voy a recompensar cada día de mi vida —susurró contra la piel del cuello de Aitana en un lento descenso por todo su cuerpo venerando con sus besos y sus caricias cada centímetro de la mujer que tenía entre sus brazos—. Porque ya te tengo y ahora ni tú vas a huir ni yo voy a dejarte escapar.

—Tran... Tranquilo... —acertó a decir Aitana jadeando. Los tortuosos besos y las caricias de Marc la estaban matando y deseaba más que nada en el mundo que él la penetrara. Quería sentirle dentro de ella, tan enterrado hasta lo más profundo que solo fueran uno—. Eso no va a suceder. Ya no.

Marc subió por todo el pecho de Aitana sintiendo el sabor de su piel en la lengua y deleitándose con esa sensación tan erótica. Llegó hasta la barbilla de ella otra vez y cubrió de pequeños besos toda su mejilla izquierda.

—Te quiero en mi vida —confesó mirándola a los ojos como si ella fuera el motivo por el que el sol saliese cada mañana—, y necesito desesperadamente que me digas que tú también me quieres en la tuya.

Aitana se perdió en la mirada castaña de Marc y su corazón se llenó de

felicidad. Por fin había conseguido al hombre de sus sueños. A su príncipe azul.

—Sí... —aceptó sonriendo enamorada.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó la cara de Marc haciendo que sus ojos brillasen de alegría.

—Y ahora... —continuó Aitana mirándole traviesa—, vamos a terminar lo que empezamos hace días. Estoy deseando entregarme a ti así que... hazme el amor, Marc.

—Como desees, princesa.

Epílogo

Un año después...

—¡Un Spa! —exclamó Aitana emocionada—. ¡Me vas a llevar a un Spa!

—Hay que celebrar que llevamos un año juntos como Dios manda —respondió Marc cogiéndola por la cintura y dándole un beso en los labios que les dejó sin aliento a los dos—. Y además, hay una sorpresa... que no te voy a decir, porque si no, no sería una sorpresa.

Aitana puso un mohín infantil en su bonita boca y Marc estalló en una carcajada al verla.

—No me vas a convencer, así que no me pongas morritos.

—¿Y si uso el sexo para hacerte cambiar de opinión? —preguntó ella colgándose de su cuello y rozando su pubis contra la entrepierna de él—. Me sirvió de mucho en el pasado. Quizá ahora... —Dejó la frase en el aire para poder sacar la lengua y con la punta recorrer los labios de su novio.

Notó cómo a Marc se le iba formando poco a poco una tienda de campaña en los pantalones y sonrió satisfecha. A pesar de que el Don Juan siempre había sido él, Aitana había aprendido mucho en el tiempo que llevaban de novios y sus tácticas eran infalibles cuando quería tenerle a sus pies.

Aunque esta vez no le iban a dar resultado.

—Amor... Me encantaría contártelo, pero es que... —comenzó a hablar Marc con la boca reseca por la excitación. El roce del sexo de Aitana, cubierto solo por unas braguitas contra su pantalón chino le estaba matando — ...si te lo digo, luego me echarás en cara que he estropeado la sorpresa. — Hizo un esfuerzo sobrehumano para alejarla de su cuerpo cogiéndole de los brazos y separándola de él. De lo contrario, sucumbiría a los encantos femeninos de su novia y todo se estropearía. Además, tenía que irse a trabajar

—. Así que lo siento mucho, pero no. No me vas a convencer ni con sexo.

Aitana dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo y suspiró derrotada.

—Por esta vez, está bien. Te lo dejaré pasar —claudicó.

Cogió de nuevo el folleto informativo del Spa Resort de Catral, al sur de la provincia de Alicante, y lo hojeó mientras Marc se arreglaba el nudo de la corbata. Ella se sentó sobre la cama deshecha y Marc se deleitó con la imagen de su pareja a través del espejo. Con el pelo revuelto, sin maquillaje, una camiseta de tirantes que le llegaba hasta el ombligo y las braguitas, estaba deliciosamente atractiva y sexy. Minutos antes habían hecho el amor como todas las mañanas desde hacía dos meses y Aitana aún tenía el rubor del orgasmo alcanzado en sus mejillas.

A Marc le costó convencerla para que se mudase a su piso y vivir juntos. Se lo pidió varias veces, con una cena romántica a la luz de las velas... En lo alto del castillo de Alicante, con el mar de fondo y el atardecer siendo testigo de su amor... Pero nada. Ella siempre respondía negativamente.

Aitana decía que era demasiado pronto para irse a vivir juntos. Y Marc contraatacaba con que si él no hubiera estado tan ciego respecto a ella, llevarían años haciéndolo.

Al final Marc pensó que debía hacer algo fuera de lo normal para convencerla. Original y único.

Así que colgó una gran pancarta en el puente de San Jorge, el principal de la ciudad, que daba acceso al centro urbano, pidiéndoselo. Cuando Aitana lo vio, sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción y no pudo negarse.

Esperaba que lo que tenía preparado para ese fin de semana saliera bien. Tenía la intención de que fuera algo muy romántico. Como sacado de un final feliz de un cuento de hadas. Como esas novelas que su novia leía y que habían inundado buena parte de su biblioteca cuando se trasladó a su piso dos meses antes.

—¿Qué harás hoy? —quiso saber Marc girándose hacia ella y

sentándose en la cama para ponerse los zapatos.

Aitana le miró con picardía.

—Lo primero ducharme. Huelo a ti demasiado —dijo.

—Me encanta que huelas a mí. Es el mejor perfume que puedes llevar. Así el resto de los hombres sabrán que eres mía.

Aitana puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza negando. Le parecía una tontería el afán de Marc por marcar su territorio. ¡Si ya había quedado más que claro que ella le amaba! Pero en el fondo, se sentía halagada porque él revolotease en torno a ella como una abeja en torno a una flor.

Continuó contándole sus planes para ese día de vacaciones, las cuales habían comenzado una semana antes.

—También he quedado con mi hermano y Violeta. Regresaron ayer de Turquía y estoy deseando que me cuenten todo lo que han hecho y han visto allí.

—Diles que si quieren venir a cenar a casa el domingo y así lo celebremos —comentó Marc cogiendo la chaqueta del traje para ponérsela.

A pesar de estar en pleno mes de julio y hacer un calor de mil demonios, el padre de Marc, dueño de la empresa textil en la que él trabajaba y por tanto su jefe, le obligaba a vestir con traje.

Gracias a Dios que la tela era muy liviana, de lo contrario sufriría una lipotimia por el calor día sí y día también. Claro que el aire acondicionado del coche y la oficina también ayudaba mucho a que esto no ocurriese.

—¿Celebrar qué? —preguntó Aitana extrañada. Que ella supiera no había nada nuevo que celebrar. A no ser que Marc quisiera celebrar con ellos su primer año de novios. Cosa que Aitana prefería hacer a solas con él en la intimidad de su habitación o... en este caso, en la intimidad de la habitación del Spa donde Marc la iba a llevar.

—Ya lo verás, cielo. —Se inclinó sobre ella y le dio un fugaz beso en los labios—. Volveré a las tres. Comemos y nos vamos al Resort de Catral, ¿de acuerdo?

Unas horas más tarde, Aitana y Marc disfrutaban de la piscina del hotel entre arrumacos y besos.

—¿Te gusta, cariño? —Quiso saber él.

—Me encanta —afirmó ella mirando a su alrededor.

La zona ajardinada de la piscina estaba rodeada por pequeños bungalós de madera, con un caminito de piedras que iban desde la puerta de la casita hasta el jardín que rodeaba todo.

Altas palmeras daban sombra y les resguardaban del inmenso calor del mes de julio en aquella zona de Alicante.

Primero se registraron en la Recepción del Spa Resort, para luego acudir a su cabaña y dejar el poco equipaje con el que cargaban. Después se pusieron los bañadores y se dirigieron hacia la zona de Spa para comenzar su fin de semana de relax.

Más tarde, ambos se dieron un masaje que les dejó casi dormidos. Y por último estaban allí. En la piscina disfrutando del agua que les refrescaba la piel y viendo cómo el sol se iba poniendo a lo lejos.

—Me alegro de haber acertado —comentó Marc contento.

—Esto es una maravilla. Muchas gracias.

Aitana se acercó nadando hacia él y cuando llegó a su lado le echó los brazos al cuello. Buscó la boca de su novio y le dio un apasionado beso.

—Será mejor que vayamos a secarnos y nos preparemos para la cena —dijo Marc pegado aún a los labios de Aitana—. Hoy tenemos que acostarnos pronto porque mañana hay que madrugar.

—¿Madrugar? —preguntó ella frunciendo el ceño—. ¡Pero si estamos de relax! ¡De vacaciones! ¿Cómo que vamos a madrugar?

Marc soltó una sonora carcajada y ciñó el cuerpo de Aitana todavía más al suyo.

—Lo siento, princesa, pero si quieres ver tu sorpresa, tendrás que madrugar —susurró en voz baja cerca de su oído y su cálido aliento le hizo cosquillas a Aitana en la piel.

—Pues ya puede ser buena la sorpresa para hacerme madrugar estando de vacaciones —suspiró notando cómo una descarga eléctrica la recorría entera y se alojaba en su sexo humedeciéndoselo—. Y digo yo... Como vamos a cenar pronto, ¿en qué nos vamos a entretener hasta que nos durmamos? —Le pasó las manos por el torso desnudo a Marc y le miró juguetona.

Él amplió su sonrisa. Con Aitana se entretendría con un millón de cosas. Pero la principal, la que más le gustaba a los dos y la que más tiempo les llevaba disfrutar, era la que leyó en los ojos de su novia.

—Después de cenar —comenzó a decir rozando sus labios con los de ella—, voy a bajar a mi diosa del altar para hacerle el amor.

Vio cómo las pupilas de Aitana se dilataban por la anticipación y el deseo hasta casi comerse el iris de sus ojos.

—Pero solo podré hacérselo una vez esta noche porque... —La separó de su cuerpo y la alzó para dejarla sentada en el borde de la piscina.

Aitana bufó por la pérdida de contacto y le miró mal.

—...mañana hay que madrugar —terminó ella por él—. Más te vale que sea buena la sorpresa —dijo señalándole con un dedo.

Marc salió de la piscina al tiempo que ella se ponía de pie y juntos, con los brazos enlazados en torno a sus cuerpos mojados, se dirigieron a su bungalow.

A las siete de la mañana del día siguiente, Aitana no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Se los restregó varias veces pensando que todo era un sueño.

—¿Vamos a montar en eso? —Quiso saber mirando a Marc que le sonreía felizmente.

Él afirmó con la cabeza, pero al instante cambió el gesto de su cara por otro más serio.

—¿No te gusta mi sorpresa? —le preguntó a su novia.

Ella lo pensó unos minutos que a Marc se le hicieron eternos.

Al final, con una gran sonrisa le respondió afirmativamente.

—¡Me encanta! Es solo que no me esperaba algo así. Cuando me hablaste del Spa pensé que sería simplemente pasar el fin de semana entre masajes, baños turcos, saunas y todo eso. No me imaginé que entre todas esas actividades también estuviera la de volar en un globo aerostático —comentó ella admirando maravillada la multitud de colores que componían la tela del dirigible.

—¡Menos mal! —suspiró Marc aliviado. Por un momento había pensado que ella se negaría y entonces su gran sorpresa, para la que solo faltaban unos minutos, se iría al traste—V. amos, entonces, amor. El piloto nos está esperando para comenzar el vuelo.

Agarrados de la mano subieron al cestillo del globo. Poco a poco este fue elevándose desde el suelo gracias a la pericia del piloto y unos minutos después ya surcaban el cielo de esa zona de la provincia de Alicante.

—¡Mira! ¡Es el palmeral de Elche! —gritó Aitana entusiasmada, señalando hacia abajo—. ¡Qué bonito se ve todo desde aquí!

En sus ojos Marc comprobaba la emoción de su novia por todo aquello. La estrechó más contra su cuerpo y la dio un delicado beso en la sien.

—Aquello de allí —indicó el piloto a lo lejos una amplia zona de agua —, son los Humedales del Hondo, que pertenecen también a Elche. Y dentro de poco —continuó informándoles—, llegaremos a las Salinas de Santa Pola.

—Todo esto es precioso. —Aitana se giró entre los brazos de Marc y le dio un beso en los labios—. Muchas gracias, cariño. Me encanta tu sorpresa. Aunque me hayas hecho madrugar. —Los dos se rieron y ella añadió—. Es una de las cosas más bonitas que he hecho en toda mi vida. Guardaré este recuerdo para siempre, Marc.

Se besaron de nuevo bajo la atenta mirada del piloto y cuando sus bocas se separaron, Marc le hizo una señal al piloto.

Este sacó dos copas y una botella de cava de una cestita que había en una esquina de la cabina donde viajaban. Se las pasó a Marc que procedió a

descorchar la botella.

—¡Jolín! Tiramos la casa por la ventana, ¿eh? —soltó Aitana al ver la espumosa bebida.

—Todo es poco para ti, princesa —dijo Marc pasándole un copa y llenándose la suya.

Cuando terminó, la alzó y comenzó a hablar de nuevo.

—Quiero brindar por nosotros. Por el año que llevamos juntos. Por los dos meses que hace que te viniste a vivir conmigo. —Aitana le dedicó una sonrisa enamorada y él continuó—. Porque irrumpieras en mi vida para salvarme con aquel beso de película que me diste en el hotel, librándome de una bruja y de un perdigonazo.

Los dos se rieron ante la extraña mirada del piloto que no sabía a qué se refería Marc. Y tampoco ellos pensaban darle explicaciones. Bastante tenía ya el hombre con ser testigo de lo que estaba a punto de suceder.

—Brindo por cómo me hiciste caer en tus redes, haciendo que me enamorase de la mujer más maravillosa del mundo y volviéndome loco por completo —prosiguió Marc. Con una intensa mirada, poniéndose de rodillas frente a Aitana, dejó la copa en el suelo y la tomó de la mano. Metió la otra en el bolsillo de su pantalón y sacó algo pequeño que escondió en la palma—. Pero sobre todo, brindo por pasar el resto de mi vida junto a ti.

Hizo una pausa en la que contempló los ojos anegados en lágrimas de Aitana y el rubor que cubría su piel. Ella se había dado cuenta de lo que Marc pretendía y la emoción del momento hacía que su corazón latiera desbocado.

—Aitana, una vez te dije que era el príncipe que había salido del cuento para ir a buscarte. Ahora, este príncipe te pide que te cases con él y tengamos el final feliz que tanto te mereces. Igual que en los cuentos de hadas. Igual que en las novelas románticas que tanto te gustan. Dime, amor, ¿te quieres casar conmigo? —preguntó mientras deslizaba en el dedo de Aitana un anillo de compromiso plateado con una circonita en forma de corazón en el medio.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Aitana. Lágrimas de emoción,

de alegría y de felicidad.

Se arrodilló en el suelo frente a su novio sin importarle si se ensuciaba sus vaqueros blancos. Miró el anillo que él le había puesto mientras le pedía matrimonio unos segundos y luego levantó su mirada para clavarla en los ojos de su amor.

—Sí. Sí, quiero. Por supuesto que sí que quiero.

Se lanzó a sus brazos para fundirse en un apasionado beso y sellar de esta manera su historia de amor.

Los aplausos del piloto del globo aerostático resonaron en sus oídos y al girarse para mirar al hombre, le vieron totalmente emocionado por lo que acababa de contemplar.

—Enhorabuena —les felicitó con una gran sonrisa.

Aitana y Marc se levantaron del suelo donde habían permanecido arrodillados, besándose abrazados, y cogiendo sus copas brindaron por la nueva etapa que se abría en sus vidas.

Una etapa que les haría inmensamente felices.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer, como siempre, en primer lugar a mi marido Ángel y a mis hijos, que me soportan cada día, que sufren mis ausencias cuando estoy escribiendo y las aceptan con resignación. No les queda otra al tener a una escritora en casa, je, je.

A mis padres, hermanos, cuñadas, amigas de la infancia, por ser mis fans número uno.

A las Parlanchinas, por el apoyo que me dan y porque son muy Cotorras.

A la gente que me sigue por Facebook y que comparte mis post.

Muy especialmente a mis lectoras cero Yolanda y Mónica, por el buen trabajo que hacen con los borradores de mis novelas.

A mí editora Teresa, por confiar de nuevo en mi trabajo.

A todas las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años y que, de una manera u otra, me han apoyado y me han mostrado su cariño.

Y por último, a todas las lectoras que compran mis novelas. Muchas gracias por apostar por mis obras y por querer pasar tiempo sumergidas entre las páginas de mis libros. Sin vosotras, las autoras no tendríamos razón de ser. Mil gracias.